

COLECCION DE FOLLETINES DE LA EPOCA.

# SOLEDAD.

NOVELA ORIGINAL

*Escrita*

POR

*Bartolomé Mitre.*

MIEMBRO FUNDADOR DEL INSTITUTO HISTÓRICO GEOGRÁFICO DEL URUGUAY.

---

Where should I steer?

BYRON!

---

PAZ DE AYACUCHO:

IMPRENTA DE LA EPOCA.

1847.



# SOLEDAD.

NOVELA ORIGINAL

Escrita

POR

*Bartolomé Mitre.*

MIEMBRO FUNDADOR DEL INSTITUTO HISTÓRICO GEOGRÁFICO DEL URUGUAY.

---

**Where should I steer?**  
BYRON.

---

PAZ DE AYACUCHO:

**IMPRESA DE LA EPOCA.**

**1847.**

LCAIA 54-23





---

## PROLOGO.

(De la Redaccion de la Epoca.)

Empezamos hoy á publicar en el Folletin de nuestro diario esta novela que hemos escrito en los ratos de ocio que permite la redaccion laboriosa de un diario, y que ofrecemos al público como el primer ensayo que hacemos en un género de literatura tan difícil como poco cultivado entre nosotros.

La América del Sud es la parte del mundo mas pobre de novelistas orijinales. Si tratásemos de investigar las causas de esta pobreza, diríamos que parece que la novela es la mas alta expresion de la civilizacion de un pueblo, á semejanza de aquellos frutos que solo brotan cuando el arbol está en toda la plenitud de su desarrollo.

La forma lírica ó ditirámica es en los pueblos lo que en los niños los primeros sonidos que articulan. La imaginacion de los hombres primitivos se inspira del ruido del torrente, del murmullo de las hojas, del canto de las aves, del sol, de la luna, de las estrellas, en una palabra, del sonido, de la luz, y del movimiento

que anima al universo y que hiere nuestros sentidos como un himno grandioso que la naturaleza entona á su creador.

La forma narrativa viene solo en la segunda edad. Recien entonces los poetas emplean las descripciones, y aparecen los cronistas y los historiadores. Los elementos sencillos de que está compuesta aun la sociedad pueden concretarse en esa forma, que todavia puede reflejarlo y explicarlo todo.

Quando la sociedad se completa, la civilizacion se desarrolla, la esfera intelectual se ensancha entonces, y se hace indispensable una nueva forma que concrete los diversos elementos que forman la vida del pueblo llegado á ese estado de madurez. Primero viene el drama, y mas tarde la novela. El primero es la vida en accion; la segunda es tambien la vida en accion pero explicada y analizada, es decir, la vida sujeta á la lógica. Es un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta por lo jeneral profundas meditaciones ó saludables escarmientos.

No faltan entre nosotros espíritus severos que consideran á la novela como un descarrío de la imaginacion, como ficciones indignas de ocupar la atencion de los hombres pensadores. Pero nosotros les preguntaremos qué son sinò novelas las grandes obras con que se enorgullece la humanidad? Qué son la Iliada y la Eneida, sinò novelas en verso? Qué son el Quijote y el Gil Blas? Qué han escrito Rabelais, Rousseau, Cervantes,



Richardson, Walter Scott, Cooper, Bulwer, Dickens, Sue, sinò "novelas? Sus obras no son las primeras en la literatura? Sus nombres no brillan entre los de los primeros genios? Pues bien, unas son novelas, y los otros son novelistas. Quien despreciará unos y otras?

Convenimos por otra parte en que este género mal manejado y abastardado ha podido inspirar hastio, pero estos son descarríos de imaginaciones estraviadas que no deben atribuirse al género en sí. Al lado de esos millares de novelas que deshonoran la literatura están las grandes obras del genio para hacerle honor.

Es por esto que quisiéramos que la novela echase profundas raíces en el suelo virgen de la América. El pueblo ignora su historia, sus costumbres apenas formadas no han sido filosóficamente estudiadas, y las ideas y sentimientos modificadas por el modo de ser político y social no han sido presentadas bajo formas vivas y animadas copiadas de la sociedad en que vivimos. La novela popularizaría nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial, y de los recuerdos de la guerra de la independencia. Como Cooper en su *Puritano* y el *Espía*, pintaría los costumbres originales y desconocidas de los diversos pueblos de este continente, que tanto se prestan á ser poetizadas, y haría conocer nuestras sociedades tan profundamente agitadas por la desgracia, con tantos vicios y tan grandes virtudes, representandolas en el momento de su transformacion, cuando la crisálida se transforma en brillante mariposa. Todo esto haría la novela, y es

la única forma bajola cual puedan presentarse estos diversos cuadros tan llenos de ricos colores y movimiento.

Lo que queda dicho es por lo que respecta á la novela en jeneral y en particular á la América del Sud. Ahora diremos algunas palabras sobre nuestra novela, lo que es como ocuparse de un grano de arena despues de haber hablado del mar.

Soledad es un debilísimo ensayo que no tiene otro objeto sino estimular á las jóvenes capacidades á que esploten el rico minero de la no vela americana. Su accion es muy sencilla, y sus personajes son copiados de la sociedad americanas en jeneral. Apenas podria explicar el autor la idea moral que se ha propuesto, pero si se le concede que en el fondo de su obra hay alguna verdad, es indudable que tambien habrá moral. Ha querido hacer depender el interes mas del juego recíproco de las pasiones, que de la multiplicidad de los sucesos, poniendo siempre al hombre moral sobre el hombre fisiológico. Esta ha sido la idea madre que lo ha guiado en su composicion. Sus personajes sienten y piensan, mas que obran. Por eso la heroína es una mujer que tiene un corazon y siente; tiene una intelijencia y piensa, que busca la felicidad en la vida, que es débil como mujer algunas veces, y cuya imaginacion se descarría como criatura humana que es. Tal es nuestra novela, y tal la heroína de ella.

Al colocar la escena en Bolivia, el autor ha querido hacer una manifestacion pública de su gratitud por la

v.

agradable acogida que ha merecido en este país, en el que ha encontrado algunos días de paz proscripto del que le vió nacer.







# SOLEDAD.

---

NOVELA ORIJINAL

POR

**Bartolomé Mitre.**

MIEMBRO FUNDADOR DEL INSTITUTO HISTÓRICO GEOGRÁFICO DEL URUGUAY.

---

## CAPITULO PRIMERO.

### **Escenas conyugales.**

Era una hermosa tarde de verano del año de 1826. El sol se había ocultado ya, pero sus últimos rayos daban aun la soberbia cumbre del Illimani, como si el rey del día al ausentarse quisiera tributar su último homenaje al monarca de los Andes. El gigante ostentaba sus dos inmensos picos cubiertos de sempiterna nieve, mientras que á sus pies resplandecía el verdor de una eterna primavera. El plátano dorado, la aromática piña, el hermoso limonero y el colosal pacai embalsamaban el aire á la par de todas las flores tropicales que la naturaleza pródiga ha derramado allí. Haciendas ricas y pintorescas se estendian á la falda del gigante, y sus rojizos tejados y blancas paredes se destacaban so-

bre una alfombra de verde terciopelo. Hacia al Oriente la vista se limitaba por una árida cadena de montañas que contrastaban con aquellas verdes islas cuyo nucleo era por lo general una hermosa casa de campo. En una de las quebradas mas fértiles y pintorescas de aquel sitio habia por el tiempo de que hablamos una linda hacienda cuya casa estaba edificada en la falda de un escalon de la montaña, que en aquel lugar formaba una planicie. A esta casa es á donde queremos introducir á nuestros lectores.

La forma del edificio era la de un cuadrilongo. El centro de él estaba ocupado por un gran patio rodeado de corredores bajos y galerias altas. En él habia un surtidor de piedra berenguela, á cuyo alrededor se veian infinidad de mazetas de flores. Las habitaciones altas que miraban al Oriente tenian á su frente una magnífica galeria de arcos, y sobre el fondo aplomado de sus pilastras de granito resaltaban el verde sombrío y la blancura immaculada de las enredaderas y los jazmines que allí se encuentran todo el año. Desde aquella galeria se descubrian á vista de pájaro la entrada de la quebrada y todos los huertos cercados que rodeaban la hacienda.

En aquella galeria habia dos personas. La primera era una joven como de diez y nueve años, edad en que la mujer está en toda la plenitud de su desarrollo, y la otra un hombre que ya habia pasado de los cincuenta y ocho. Un pintor hubiera dicho de la joven que era una imagen escapada de las telas de Rafael, un poeta la hubiera creído un serafín bajado del trono del Señor, y yo diré simplemente que era una de aquellas obras acabadas salidas de las manos del Creador que hacen admirar su poder y adorar la vida. Era rubia y blanca y en su cándido rostro brillaban dos ojos negros, grandes y rasgados que daban á su

fisonomía una expresión singular. Había en su mirada algo que decía que aunque toda su persona derramaba la dulzura y la suavidad tenía en su alma una centella que debía incendiarla. Estaba vestida de blanco, y una ligera pañoleta celeste hacía adivinar las voluptuosas formas de su seno. Sentada en un sillón con la vista fija en el paisaje grandioso que se desenvolvía á su vista, se hubiera dicho que era la estatua de la castidad meditando.

El otro personaje no tenía nada de notable en su fisonomía. Estaba descuidadamente vestido, con un levitá negro abotonado hasta el cuello, que rodeaba una corbata del mismo color, negligentemente anudada. Aunque sus facciones eran vulgares, su frente calva, los pocos cabellos blancos que la coronaban le daban cierto aspecto de dignidad. Su tez amarilla y sus ojos empañados indicaban un temperamento bilioso, mientras que su nariz aguileña y prominente parecía ser prueba de un carácter violento é imperioso. Su boca era grande y sus labios abultados, y en aquel momento estaban fuertemente contraídos, sin duda por algún sentimiento doloroso que le embargaba. Este hombre como hemos dicho, rayaba ya en los sesenta años. Se echaba de ver que estaba fastidiado, y de cuando en cuando una nube de mal humor atravesaba por su frente. Tenía un libro en la mano en el que solía fijar una mirada incierta y distraída, pero luego la levantaba para clavarla en la bella joven que tenía á su frente. Un observador superficial hubiera creído ver brotar de aquellos ojos pequeños un relámpago de amor, pero un hombre acostumbrado á leer en esos espejos del alma habría adivinado que predominaba un sentimiento celoso y despechado.

Largo tiempo permanecieron en silencio. La joven parece que no oía ni sentía nada que no perteneciese al magni-

fico panorama que se desenvolvía ante sus ojos, pero en aquella estática admiración se revelaba una ardiente aspiración que ella misma tal vez no comprendía. En aquella frente mustia que los besos del amor parecía no haber refrescado jamás, se leía un pesar profundo que la devoraba.

Ya las sombras de la noche iban invadiendo todo el valle que tenían á sus pies, cuando el hombre rompió por la primera vez el silencio.

—Soledad, le dijo, con voz que quiso hacer suave, es tiempo de que te retires. Estás enferma y podría no hacer-te bien el permanecer mas tiempo aquí.

—Oh, no señor! quiero gozar un poco mas de esta hermosa vista. Me siento mas aliviada, y este aire tan puro y esta atmósfera tan perfumada me parece que me hace bien... Además, este es el único placer que me es permitido en mi triste vida.

El compañero de Soledad frunció las cejas, y esta pareció arrepentida de haber dejado escapar la última palabra y le miró con aire de súplica. Pero él no pareció notar aquella mirada, y levantándose con precipitación dió algunos paseos por la galería. De pronto se detuvo frente á Soledad, y mirandola con enojo, la dijo con voz vibrante de cólera:— Siempre las mismas niñerías! Soledad! Soledad! siempre las mismas reconvenciones! Hasta cuando me abrumarás con ellas?

—Señor, respondió Soledad con triste resignación, yo no me quejo, pero si lo he hecho, perdonemelo U.

—Eso es, siempre las mismas palabras «no me quejo!»— Me desesperas mil veces mas con esa humildad afectada. Te quisiera mas bien soberbia y franca.

Evidentemente aquel hombre no habia hecho sino buscar un pretexto para descargar su mal humor, y no queria perder la oportunidad.



—Señor, aun cuando me quejase no haria sino usar del único derecho que tengo, y del que nadie me puede despojar, pero si ofendo á U., me callaré. No soy soberbia porque es U. el amo aqui, y obedezco. ¿Se puede exigir mas de mi?

—Exigir mas! repitió con amargura. Exigir mas! Tienes razon, qué mas puedo apetecer que una esclava sumisa que no contraria mis voluntades, en vez de una esposa que me brinde con su amor, ¿no es cierto Soledad?

Soledad guardó silencio y no contestó nada. Bajó la cabeza, suspiró con dolor y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Su marido vió aquellas lágrimas y ellas aumentaron sin duda su rabia.

—No es cierto, Soledad, volvió á preguntar con voz sorda, que nada mas puedo pedir?

—Señor, teneis en mi el cariño de una hija que os respeta, que os cuida con solicitud, y una esposa que no falta á sus deberes.

—Y nada mas?

—Qué mas puedo dar á U?

—Soledad! Soledad!

—Señor, no exija U. mas de mi.

—Yo necesito de tu amor.

—Tiene U. mi estimacion y mi respeto.

—Oh, pero eso no me basta!

—No tiene U. derecho á exigir mas. Mi madre entregó mi mano forzada por la necesidad, pero jamas me pidió U. mi corazon.

—Eres mi muger, dijo el marido con arrebató, eres mia, me perteneces y quiero ser amado por ti.

—Señor, soy débil, estoy desvalida; no abuse U. de mi debilidad ni de mi desamparo. No me obligue U. á repe-

tir lo que tanto le irrita. Estimo y respeto á U., puede disponer de mi persona á su voluntad, pero al menos quiero conservar la libertad del corazon que es la única que no han podido arrebatarme.

Y cayó de rodillas y anegada en lágrimas á los pies de su marido.

El despecho y la compasion luchaban á la vez en el alma del anciano. Iba á estender su mano, pero retirandola con precipitacion retrocedió algunos pasos, y cruzando los brazos sobre el pecho dijo con toda la rabia de los zelos:—Oh, esas lágrimas son por otro! Desgraciada! Sabes que soy capaz de matarte.—Y al mismo tiempo apretaba con fuerza sus puños como para no ceder á un movimiento de furor.

—Señor, no desoiga U. mi súplica, es lo único que he pedido, lo único que pediré. Tenga U. compasion de mí.

—Compasion! y la tienes tú de mí?

—Dios mio! Dios mio! hasta cuando durará este suplicio! exclamó Soledad alzando los ojos al cielo.

La cólera largo tiempo concentrada del marido de Soledad estalló al fin. Se apretó la cabeza con ambas manos, sus ojos se inyectaron de sangre, y arrojándose sobre Soledad dejó caer ambos puños sobre la angélica cabeza de aquella desgraciada. Soledad cayó al suelo aturdida por el golpe: al chocar sus labios sobre las baldosas del piso brotaron sangre, y exhaló un gemido doloroso. Ese gemido llegó al fondo del alma del verdugo y se arrepintió de su barbarie. Se inclinó hácia su muger y quiso levantarla en sus brazos, pero ella que habia recuperado sus sentidos se incorporó rechazándolo con dignidad.

—Señor, el que maltrata á su muger es un infame que no tiene derecho á exigir nada de ella, pero permito ser pisoteada con tal que se me deje al menos la libertad del corazon,

Estas palabras inesperadas fueron pronunciadas con tal acento de firmeza y dulzura á la vez, que impusieron respeto á aquel hombre violento y brutal. Bajó avergonzado la cabeza, y mirando despues á Soledad que aun permanecia de rodillas con la frente apoyada en el sillón y oculta la cara entre sus manos, le dijo con voz melancólica:—Soy un torpe, perdóname Soledad, tienes derecho para echármelo en cara. Eres libre: despues de lo que he hecho comprendo bien que ya no debo pedirte amor, pero al menos no me guardes rencor.

—Nunca! nunca! Yo tengo la culpa que irrito á U. con mis imprudencias....Oh, Señor! es U. generoso y no lo olvidaré jamas.

El anciano se acercó á su muger, la tomó una mano que ella le entregó, y apretándola con ternura se retiró sin decirle una palabra. Los remordimientos lo ahogaban y queria substraerse á la presencia de aquella victima, á quien habia atado á su destino como á una criatura llena de vida y juventud encadenada á un cadáver.

Luego que Soledad quedó sola levantó al cielo sus ojos húmedos de lágrimas y los fijó en el astro melancólico de la noche, que brillaba en todo su esplendor, y exclamó con dolor:—Madre mia, protegedme!—El tenue resplandor de las estrellas, el susurro de las hojas, el perfume de las flores y aquella luz misteriosa que sigue al crepúsculo hicieron descender á su corazón algunas gotas de consuelo, de las que Dios derrama en toda la naturaleza para alivio del desgraciado. Soledad se sintió mas tranquila: oró y lloró, y al cabo de algunos instantes se levantó fuerte y resignada, saboreando aquella acre satisfaccion que experimenta toda alma bien templada cuando se siente superior á su desgracia. Una especie de excitacion febril daba en aquel momento una fuer-

za poderosa á aquella frágil criatura, cuyo cuerpo parecia formado para reposar sobre un lecho de flores ¡ay! años hacia que gemia sobre un lecho de espinas mártir del sacrificio y del deber, soportando casi todos los días escenas idénticas á la que acabamos de describir. Sin embargo, aquel continuado tormento no habia destruido la energia de su alma, y á medida que se multiplicaban sus dolores se revelaba contra su destino y sacaba nuevas fuerzas de su propio abatimiento.

Cuando ella se sintió mas tranquila se dirigió á una puerta de vidrieras que habia á un extremo de la galeria, la abrió y entró á una pieza lujosamente amueblada que la servia de costurero. Allí se recostó sobre un sofá y permaneció mucho tiempo sumida en sus reflexiones. Un ligero ruido la sacó de ellas, y vió entrar á una joven india que la servia, con una carta en la mano.

—Señorita, dijo la indijena en la lengua aymará, esta carta me han dado para U.

—Quien la ha traído?

—Manuel, que acaba de llegar de la Paz.

—Damela.

Soledad tomó la carta, y apenas hubo mirado el sobre de ella lanzó un grito de alegría, y levantandose con rapidez se acercó á la luz y materialmente la devoró con sus ojos.

—Oh, gracias, gracias, Dios mio, que no me has abandonado! Gracias, madre mia, que me habeis oido! El vendrá, y al menos tendré uno á quien confiar mis penas! exclamó ella con exaltacion. Y luego con acento mas tranquilo aunque doloroso:—Necesito expansir mi corazon, y tener algo que amar.

Apenas habia acabado de proferir estas palabras cuando entró su esposo y la dijo con aire abatido:—Esta noche de-

beni venir nuestros vecinos á tomar el thé con nosotros. Haz prepararlo todo.

—Está bien señor, pero me siento algo enferma y desearia que me escusase U. de recibirlos.

—Deseo que tú les hagas los honores. Mi amigo D. Manuel me ha dicho que deseaba presentarme á su sobrino D. Eduardo Lopez.

—D. Eduardo Lopez?

—Si.

—Está muy bien, señor, los recibiré.

—Siempre cediendome como si yo te violentase! Siempre presentandote como victima para hacerme aparecer como el verdugo!

—Señor, dijo Soledad desentendiendose de aquella reconcion, acabo de recibir una carta de mi primo Enrique.

—Una carta! De tu primo Enrique!

—Ha vuelto por fin de la campaña del Perú con el grado de capitan, y me anuncia que hallandose en la Paz vendrá dentro de algunos dias á hacernos una visita.

—Podia escusarla.

—Espero que no le recibirá U. mal. Es el compañero de mi infancia, el único pariente, el único amigo que tengo en el mundo.

—El único amigo! Si, el hombre á quien has amado y tal vez amas todavia.

—Bien sabe U. que mi padre nos destinaba para esposos, pero que educados juntos desde nuestra mas tierna infancia y habiendonos separado muy temprano no nos hemos profesado jamas otro afecto que el de hermanos.

—Asi será. Está bien. Que venga; yo no le cerraré las puertas de mi casa.


—Gracias, señor.

En aquel momento se hicieron sentir en el empedrado del patio los pasos de varios caballos.

—Son nuestros convidados, dijo el marido, vamos á la cuadra á recibirlos.

Los dos esposos pasaron al salon ocupados por una misma idea. Ella pensaba en Enrique con enternecimiento y ansiaba por el momento de volverlo á ver y abrazarlo; él lo recordaba con toda la rabia de los zelos en el corazon.





## CAPITULO SEGUNDO.

---

### Una noche de campo.

Al entrar al salon de la hacienda donde habitaba Soledad, se hubiera uno creido transportado á mediados del siglo diez y ocho por lo menos. Estaba suntuosamente adornado con todos aquellos muebles antiguos de nuestros venerables abuelos, que desterrados de todas partes han encontrado en Bolivia un asilo generoso, porque siendo el pais mas mediterráneo de América, la moda camita en él con mucha lentitud. Veianse allí grandes sillones negros primorosamente labrados, mesas de pies de cabra, sofaes dorados, espejos con marcos de cristales que resplandecian con las luces colocadas en antiquisimas arañas de cristal y masizos candelabros de plata. Las puertas y ventanas estaban adornadas con anchas cortinas de damasco punzó con franjas de oro, y unas y otras eran doradas y cinceladas, como todavia se ven muchas. En el techo se veian las armas nobiliarias de la familia del marido de Soledad, porque en aquella época aun no se habian despojado del todo de la añeja preocupacion de querer formar una aristocracia en el centro de una república, y de la que por fortuna quedan ya muy pocos restos. Lo único

que indicaba que se vivía en una época mas reciente era un hermoso piano de ébano incrustado de adornos de bronce. Encima de él habia varios libros y papeles de música. Los albums no habian penetrado todavia á Bolivia, y á no ser por esto, es mas que probable que tuvieramos que hacer la descripción de un lindo libro con tapas de terciopelo, lleno de versos y flores secas, que en nuestros dias se ha hecho el mueble obligado de toda dama elegante, para servir de alimento á la vanidad y de martirio á los poetas.

Soledad y su marido entraron por una puerta situada al fondo del salon, y casi al mismo tiempo se abrió otra que daba á la galeria interior que daba al patio, y aparecieron los vecinos convidados, con quienes vamos á hacer conocimiento, encargandome en mi calidad de folletinista de presentar á mis amables lectores y lectoras, asegurándolas de que serán bien recibidos, especialmente por las últimas.

Eran cuatro los convidados. Una señora anciana y un acompañante de respetable edad. Al observar el modo como se hablaban se echaba de ver facilmente que eran marido y muger del viejo cuño, ó de la *vieille roche*, como diria un frances. Eran dos verdaderos tipos del siglo pasado; figuras y vestidos que estaban en perfecta armonia con los vetustos muebles que los rodeaban. El anciano llamábase D. Manuel Alarcon y su cara mitad Da. Antonia de Alarcon. No tendría D. Manuel menos de sesenta y cuatro años, y su esposa rayaba ya en los cincuenta y cuatro.

Los personajes restantes eran dos jóvenes de distinto sexo. La joven era algo morena y tenia pelo y ojos negros. Toda su fisonomia respiraba dulzura, pero su mirada profunda y sus labios un poco gruesos indicaban un temperamento ardiente susceptible de tempestuosas pasiones. Por lo demas, su aire era modesto y sus movimientos suaves y armó-



niosos. Su nombre era Cecilia. El joven que la acompañaba era notable por su figura y sus modales distinguidos, aunque algunas veces algo afeminados. Su cabeza estaba poblada de negros y ensortijados cabellos, y una patilla negra y lustrosa como una cinta de terciopelo encuadraba admirablemente sus nobles facciones. Unos ojos grandes y negros, una nariz recta y bien formada, una frente espaciosa y una boca pequeña, aunque de labios muy delgados, unido todo á una tez pálida, parecia anunciar una inteligencia despejada, un temperamento nervioso y una profunda disimulacion, á la par que un alma susceptible de los mas lastimosos descarríos una vez lanzado en la senda del mal. Aquel hombre pertenecia al número de esos seres, que desde la primera vista hacen una impresion profunda, ya sea adversa ó favorable.

Hechos los primeros cumplimientos de estilo, D. Manuel Alarcon presentó á los dueños de casa el joven cuyo retrato acabamos de trazar.

—Amigo mio, dijo, te presento á mi sobrino D. Eduardo Lopez, que ha venido de la Paz á pasar el verano en mi hacienda, y que ha aceptado con mucho gusto el ser presentado á tu amable esposa y á tí.

—El señor Lopez, contestó el marido de Soledad, no me es absolutamente desconocido de nombre, y siempre será muy bien venido á esta casa.

—Tendremos el mayor gusto, añadió Soledad, en que nos favorezca con sus visitas, porque en el campo es un honor y un obsequio á la vez para quien las recibe.

Eduardo contestó en términos propios y escogidos, y todos tomaron asiento al rededor de una gran mesa redonda de jacarandá, cubierta de un tapete de terciopelo verde, que ocupaba el centro del salon.

Los primeros momentos de conversacion fueron embarazosos, como lo son siempre las conversaciones en que hay una persona que por primera vez se encuentra en una reunion. Se habló del tiempo, de noticias, de la vida del campo, y de todas aquellas cosas que sirven para decir algunas palabras, las muy necesarias para no estar en silencio. Por último, D. Manuel Alarcon, guiado mas por sus preocupaciones que por su tacto, trasladó la conversacion á otro terreno menos esteril.

—Amigo mio, dijo Alarcon dirigiéndose al marido de Soledad, es necesario confesar que esto marcha para atras. En mi tiempo he visto poblado este valle de jóvenes y muchachas, y no habia dia sin convite, ni noche sin baile. Pero en el dia es una soledad.

—Asi será, pero tambien convendrá U. conmigo que hay ciertas personas, que aunque en pequeño número, pueblan agradablemente la *soledad*, dijo Eduardo con intencion, acentuando sobre la última palabra y mirando á la hermosa castellana.

—Vaya, Eduardo, me quitas de encima veinte años. Ah! me haces acordar de aquellos hermosos tiempos en que me endosaba mi calzon de púnto, mis medias de seda y mi casaca de terciopelo. Si vieras que majos andabamos entonces todos los mozos! Y si no preguntásetelo á tu tia, y los pipopos que le echaba cuando la andaba enamorando. Y apesar de ser viejo todavia no puedo olvidarame, y ella puede decir....

—Manuelito! interrumpió Da. Antonia bajando los ojos, y añadió en voz baja:—¿No ves que estamos delante de nuestra hija?

—Cierto, me olvidaba, pero cuando me acuerdo de mis tiempos no puedo con mi genio. Aquello era una gloria, una....

—Vamos, cuando te pones á hablar de tus tiempos, dijo el marido de Soledad, no hay quien te ataje. Esa es tu mania.

--Que quieras, quien malas mañas ha....

—Ya sabemos, Manuelito, pero mejor seria que empezásemos nuestra malilla, dijo Da. Antonia.

—Aprobado, dijo Alarcon. Oh! la malilla es un juego de que gustaba mucho mi abuelo y tengo por él una especie de predileccion.—Como se ve D. Manuel Alarcon pertenecia al número de aquellos originales fósiles, tan comunes entre nosotros, que solo hallan bueno lo de su tiempo, y para quienes parece que han sido escritos aquellos versos de Mora:

Hasta el dormir de entonces  
Era mas descansado,  
Los sombreros qué airosos  
Qué fresco el bacalao!  
Oh, qué tiempos aquellos,  
Qué tiempos los pasados!

Trajeron tantos y naipes y los tres ancianos se pusieron á jugar malilla. Los jóvenes quedaron solos á un lado de la mesa, y separados de este modo las dos partes heterogéneas de la reunion. Estos últimos estuvieron viendo jugar por espacio de algunos segundos, pero muy luego entablaron una conversacion particular.

—Señorita, dijo Eduardo á Soledad, esta mansion es deliciosa, y desde que la conozco, no me perdono los días que he pasado en las ciudades, sobre todo despues que he visto que en el fondo de estos valles es donde se encuentran las perlas mas hermosas, asi como en el fondo del mar, y diri-

gió simultáneamente sus ojos de Cecilia á Soledad. Esta se sintió penetrada por aquella mirada profunda, pero muy luego contestó:

—Cierto que esta mansion es agradable. El clima, las flores, los frutos, las vistas de que se goza, todo contribuye al bienestar del cuerpo, pero el alma y la imaginacion carecen de alimentos por falta de sociedad.

—Sin embargo, señorita, por lo que á U. respecta oreo que jamas estará sola, ni su alma carecerá de alimento. Veo alli, dijo mirando á los libros que estaban sobre el piano, algunos buenos compañeros que llenarán agradablemente su soledad, y ademas, ese piano me indica que no es U. extraña á ese arte encantador que nos consuela en nuestras horas de amargura. ¿Canta U., señorita?

—Muy mal, caballero.

—Si hubiese de juzgar por el metal de voz, diria que nunca puede U. hacerlo mal, aun cuando el estudio no le prestase nuevo realce.

—Es U. demasiado amable, caballero. Y U. que tan aficionado se muestra á la música, tambien cantará.

—Suelo hacerlo algunas veces, pero prefiero siempre oír.

—Eduardo, dijo Cecilia, tiene una hermosa voz, y toca muchas cosas nuevas.

—Quisiera U. tocar algunas?

—Con mucho gusto, pero será con la condicion de que U. cantará despues.

—Lo haré por complacer á UU.

Los tres jóvenes se dirigieron al piano. Lo abrieron, y Eduardo se sentó frente á él. Sus dedos se pasearon percosamente sobre el teclado y arrancaron algunos sonidos vagos, preludios aislados que separados nada dicen, pero cuyo conjunto forma una armonia que algo expresa. Poco á po-

co aquellos vagos sonidos fueron sistemandose, y de repente brotó del instrumento un torrente de melodia, que inundó el corazon de todos los oyentes. El piano había encontrado su señor, y repetía humildemente con sus cien voces armoniosas las ideas de Eduardo. Al primer arranque de melodia hizo suceder un andante melancólico, que sin disminuir la primera impresion la inoculaba mas y mas en el alma. Sucesivamente fué recorriendo una série de temas artisticamente enlazados, y cuando sus manos se reposaron sobre el teclado trémulo y palpitante, el aire vibraba aun con las melodias con que habia sido herido. Aquel fluido armónico que llenaba la atmósfera parecia que hubiese penetrado por los poros de las dos jóvenes. Hacia largo rato que la música habia cesado y todavia sus ecos resonaban en sus corazones que latian á unison de ellos, como las arpas eolias heridas por la brisa de la noche. Su cabeza algo inclinada y la vista fija indicaba en ellas una abstraccion profunda de todo lo que las rodeaba

—Señorita, dijo Eduardo, he tocado solo por tener el gusto de oír á U., de otro modo apenas me hubiese atrevido á hacerlo.

Aquella voz sacó á las dos jóvenes de su enagenacion. Alzaron sus ojos y los fijaron en Eduardo, permaneciendo silenciosas algunos segundos. La mirada de Cecilia brillaba de pasion y de orgullo, mientras que la de Soledad expresaba una especie de temor. Esta fué la primera que habló.

—No esperaba oír en este valle á un artista tan hábil.

—Señorita, gracias. Sus elogios de U., aunque inmerecidos, me prueban que es U. generosa, y que puede prodigarlos á manos llenas sin temor de quedarse pobre.—Pero aunque parezca imprudente reclamaré de U. el cumplimiento de su promesa.

Eduardo cedió su asiento á Soledad, la que á su vez se sentó frente al piano. Sus primeros compases fueron tímidos, mas luego animandose por grados, armonizó de tal modo su voz con las del instrumento, que se hubieran podido comparar á dos corrientes de aguas cristalinas que van á unirse en un mismo punto. El acompañamiento de la canción que cantaba era un tema que participaba de la queja y la plegaria, que se hermanaba perfectamente con la letra que era la siguiente:

En medio de la noche  
Mirando aquesa estrella  
Diré:—Una virgen bella  
Se acordará de mí;  
Y en medio de los cielos  
Cuando ella brille pura,  
Di, celestial criatura,  
¿Te acordarás de mí?

Ausente de tu lado  
Mirando ese astro bello  
Creeré ver un destello  
Emanado de ti,  
Y excluiré con ansia:—  
Tal vez la hermana mía  
En medio á la alegría  
Se olvidará de mí!

Quando de ti me aleje  
Y á los combates vaya,

En medio á la batalla  
Me acordaré de ti,  
Y esperaré la noche  
Para calmar mi anhelo  
Interrogando al cielo:—  
¿Se acordará de mi?

Adios! nunca me olvides,  
Y aquesa estrella amiga  
Siempre á tu mente diga  
Que estoy pensando en ti...  
Y si en el campo caigo  
Por la metralla muerto  
Y de laurel cubierto  
¿Te olvidarás de mi?

Cesó el canto. Soledad estaba visiblemente conmovida, y parecia que aquella cancion despertaba en su mente un recuerdo doloroso. Habia sido compuesta por su primo Enrique al tiempo de marchar á campaña, y al cantarla no habia tenido otro objeto sino combatir con el recuerdo del cariño fraternal de Enrique la impresion que Eduardo le habia causado con su música y sus palabras. En efecto, por el momento triunfaron los recuerdos dulces de sus primeros años. Solo pensó en Enrique y no deseó sino verle y abrazarle, para recordar con él aquellos felices dias que habian pasado para no volver mas.

Los viejos habian dejado de jugar, y mientras Eduardo y Cecilia felicitaban á Soledad por su canto, aquellos se acercaron al piano y dieron tambien su contingente de felicitaciones. Solo el marido de Soledad permanecia silencioso y

con la frente encapotada; parecia que aquella cancion le habia disgustado en extremo. Y era en efecto asi; porque conociendo á su autor, sentia que su corazon destilaba el veneno de los zelos cuando su muger la cantaba. En aquella ocasion la impresion fué mas profunda que de ordinario, por efecto sin duda de las escenas que habian tenido lugar, y tal vez mas que todo, por la próxima venida de Enrique. Sin poderse contener se puso á pasear por la sala con aire de mal humor, mientras que Alarcon hacia un paralelo entre el canto antiguo y el moderno, resultando la ventaja, como era de esperarse, á favor del primero.

Pocos momentos despues entró un criado con una bandeja llena de tazas de porcelana antigua y ricas piezas de plata, que puso sobre la mesa del centro. El dueño de casa invitó á sus convidados á acercarse á tomar el thé, lujo extraordinario en aquella época, pues el thé era casi desconocido en Bolivia. En un instante la mesa fué rodeada. Soledad conservaba todavia sus ojos húmedos por la emocion, y su marido su mal humor. Eduardo sentado frente á Soledad la miraba con una atencion estudiada, y Cecilia parecia estar violenta. Los dos viejos esposos no habian sufrido alteracion alguna en su semblante.

—El thé será muy buena bebida, dijo D. Manuel despues que todos estuvieron servidos, pero yo me atengo al chocolate de nuestros mayores, y sobre todo al de nuestro pais que es el mejor del mundo. No hay ninguno mejor que el de Padilla ó Apolo-Bamba.

—Convengo con U., dijo Eduardo, que nuestro chocolate es excelente, pero confiese U. que al tomarlo se priva uno de una cosa muy grata.

—Y cual es?

—El de tomarlo servido por unas lindas manos.



—Por vida de....! tienes razon, no se me habia ocurrido. Qué quieres, sobrino, la edad nos hace olvidar hasta la galanteria, pero te aseguro que cuando yo tenia tus años no se me hubiese escapado esta horricada. Y sinó preguntaselo á tu tia, que cuando yo la enamoraba ahora treinta y tantos años...

—Manuelito ¡por Dios! interrumpió Da. Antonia.

—Cierto, me olvidaba. ¡Yaya otro despropósito! Cuando se habla de las damas siempre deben evitarse las fechas, porque las pone en descubierto. Pero que diablos, Antoñita, ya no somos niños, y debemos ser francos.

La respetable señora iba á contestar cuando se oyó un trueno que hizo estremecer todo el edificio, y al traves de los cristales de una puerta que daba á la galeria penetró el fulgor de un relámpago! Las palabras que iba á pronunciar murieron en sus labios, y á medida que se persignaba murmuraba por lo bajo ¡Santa Bárbara bendita! Al mismo tiempo se sintió el ruido de la lluvia que azotaba los techos. Era una de aquellas tempestades de verano tan comunes é ímponentes en las regiones montañosas.

—Amigo mio, dijo entonces Alarcon, por esta noche tienes que darnos hospitalidad, porque nuestra casa dista dos leguas de aquí, y no está el tiempo como para andar con señoras, sobre todo teniendo que pasar el rio.

—Has anticipado tu peticion á mi oferta, contestó el marido de Soledad, y tengo el mayor placer en que la tempestad los haya tomado bajo mi techo.

—Entonces tambien nos alegramos nosotros.

Luego que acabaron de tomar el thé pasaron á la galeria á gozar del hermoso espectáculo que presentaba el cielo. Estaba cargado de negras y densas nubes que de vez en cuando eran rasgadas por los fulgores intermitentes del relámpa-

go. El fuego eléctrico que se desprendía de ellas venía á caer sobre la cima de las mas altas montañas, como si el cielo y aquellas gigantescas moles se pusiesen en comunicacion cuando toda la naturaleza estaba conmovida por el soplo del huracan. A su luz se descubria la encanecida cabeza del Illimani, que de noche brilla en aquellos lugares con un fulgor tan tibio y misterioso, que ha hecho decir á un jóven poeta boliviano, hablando de él:—

Como una infinita perla  
Colgada en la inmensidad.

El aire que siempre es seco allí estaba humedecido por la abundante lluvia, que al caer sobre los vegetales hacia evaporar sus esencias en él. Es imposible no sentirse conmovido en medio de una tempestad, sobre todo cuando la naturaleza despliega como en aquella ocasion todos los atributos grandiosos de que está rodeada al pie de los Andes. Soledad, que como se habrá comprendido ya, era una de aquellas cabezas poéticas é impresionables, estaba absorta y encantada. En medio de su éxtasis oyó una voz que le hablaba muy cerca del oido, y que le pareció bajada del cielo, tal era la enagenacion mental en que se encontraba.

—Señorita, le dijo Eduardo, no le parece á U. que esta naturaleza tuviese tambien pasiones?

Soledad no contestó, y Eduardo prosiguió con acento animado aunque bajo.

—Quien no diria que las plantas brotan emanaciones de amor cuando se sienten acariciadas por la lluvia; que esos árboles suspiran cuando reciben los besos del viento; que la tierra se regocija al bañarse en el agua pura de los cielos, y que esas montañas se conmueven en sus entrañas cuando

el rayo les comunica su fuego? Sin duda que todo tiene un lenguaje en la naturaleza cuando se estudia y se sabe comprenderla. Qué extraño es que el hombre sienta y ame, cuando hasta los obgetos inanimados que lo rodean parecen sentir y amar como él!

Aquellas palabras pronunciadas con voz apasionada deramaron de nuevo la turbacion en el alma de Soledad, y se olvidó de Enrique y de sus primeros años para ocuparse solo del presente. Quedó otra vez bajo la influencia de Eduardo contra la cual habia querido en vano revelarse. Acostumbrada á la lucha pasiva á que se veia condenada respecto de su marido para repeler la tirania y la injusticia, sintió por la vez primera que le faltaban las fuerzas para luchar contra el sentimiento que la invadia, porque para la primera encontraba estímulos en si misma, y para la segunda hallaba mas bien motivos que la impulsaban. Esto se explica facilmente. Habiendo pasado su vida en el dolor y el retiro, su alma estaba dispuesta á recoger las primeras emociones que nacieran de un obgeto extraño á todo lo que la rodeaba, como aquellas plantas que viviendo constantemente á la sombra se inclinan á recibir el primer rayo de sol que Dios les envia. Las palabras de Eduardo fueron el primer rayo de sol que cayó sobre la frente mustia de Soledad.

Despues de haber permanecido algun tiempo en la galeria volvieron todos al salon. Permanecieron aun algunos momentos ocupados de una conversacion insignificante, y llegando que hubo la hora de recogerse, los huéspedes fueron conducidos á sus respectivas habitaciones.

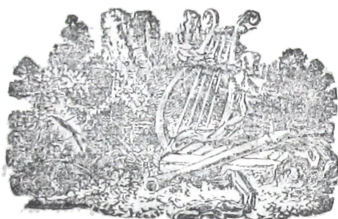
Soledad y su marido quedaron solos en el salon. Este último tenia siempre la frente nublada. Ambos guardaban silencio.

—Soledad, le dijo por último su marido, espero que se-

rà la última vez que cantes esa cancion.

—Será U. obedecido, señor, contestó Soledad, fiel á su propósito de hacer notar á su marido todos los actos de tirania con que le atormentaba, conservando á la vez la dignidad de la victima. El se sintió avergonzado, y levantándose precipitadamente tomó una luz y se retiró diciendo:— Buenas noches Soledad.

Luego que Soledad quedó sola sintió que su corazon se ensanchaba, y poniendo sobre él su mano, exclamó con acento conmovido:—¡Qué dulce debe ser amar!





## CAPITULO TERCERO.

---

### Por la mañana.

Al otro dia por la mañana Eduardo se levantó muy temprano y se vistió con esmero. Mientras se ponía la corbata mirandose á un espejo se decia á si mismo con fatuidad:—Será mia! La enamoraré, porque merece la pena—A fé mia que no esperaba encontrar en este desierto una muchacha tan linda.—Yo me habia resignado á aburrirme unos cuantos meses por complacer á mi prima, pero si es necesario me estaré un año. He encontrado ya en que entretenerme, y conquistaré la muger empezando por el marido.

Antes de pasar mas adelante, seria muy del caso que mis lectores hiciesen un conocimiento mas intimo con D. Eduardo Lopez, y usando de las prerrogativas del novelista, que todo lo sabe, vamos á ponerlo al corriente de sus antecedentes, como lo hemos hecho ya con sus pensamientos.

Eduardo era hijo de padres ricos, y que en razon de su origen se habian adherido á la causa de la madre patria en la lucha de la emancipacion americana. Al nacer recibió del cielo una inteligencia despejada y una bella figura, y de los hombres la riqueza y la consideracion. Eduardo criado en-

tre la ociosidad y la molicie perdió la mayor parte de las nobles calidades que habia recibido en dote, las que fueron sofocadas por el egoismo, como la simiente por la maleza, y quedaron solas las que debian degradar su naturaleza, y entonces sus poderosas facultades se contrajeron al mal. Sus vicios eran el resultado de su educacion y de la sociedad que le rodeaba, pero su corazon habia sido formado para la virtud. Muy niño fué enviado por sus padres á España, y volvió ya joven á su pais, donde se encontró muy superior á la juventud con quien se puso en contacto. Lanzado en el torrente de la vida se entregó desenfrenadamente á todos los placeres, y solo vió en los demas los instrumentos de ellos. El honor y la tranquilidad de las familias fueron para él un juguete, y haciendose gefe de un circulo de depravados se constituyó apostol de la corrupcion.

Tal era el hombre que se habia propuesto conquistar el amor de Soledad, y á cuya primera mirada la infeliz se habia sentido fascinada como la paloma entre los circulos mágicos que traza el gavilan para precipitarse sobre ella.

Luego que Eduardo se hubo vestido, bajó al patio, y viendole abierto un porton que daba entrada á un hermoso huerto se dirigió á él. Este huerto es el que daba precisamente al pie de la galeria donde han pasado las escenas que hemos descrito. La parte mas cercana á la casa estaba ocupada por el jardin de Soledad, en el que se veian infinidad de flores, que con la lluvia de la noche se ostentaban en todo su esplendor llenando el aire con sus perfumes. El olor de las violetas sobre todo cargaba con sus emanaciones las alas del ambiente, porque el olor de la violeta en aquel clima es mas penetrante y embriagador que en ninguna otra parte. El resto del terreno estaba cubierto de naranjos y limoneros dulces cargados de abundantes frutos. En el cen-

ro del huerto habia un espacioso estanque, rodeado de un ancho murallon de piedra. A este estanque se dirigió Eduardo, y al llegar al término de la calle de árboles que habia seguido vió á uno de los lados del estanque á una muger reclinada sobre el murallon, mirando fijamente el agua. Era Soledad. Eduardo se apresuró á acercarse á ella. Cuando estuvo á algunos pasos de distancia de ella el ruido de las hojas secas que hollaba la sacó de su distraccion, y al levantar la cabeza vió á Eduardo cerca de sí que la miraba con avidez. Se ruborizó, pero muy luego pudo dominar su turbacion

—Felices dias, señorita, dijo Eduardo. No esperaba tener el doble gusto de gozar de la frescura de este huerto, y encontrar en él á U., que es sin disputa la flor mas hermosa del jardin.

—Gracias, caballero, por la lisonja, aunque no la admito.—He pasado una mala noche y necesitaba respirar un poco este aire fresco, porque me duelo en extremo la cabeza. A esta casualidad debe U. el haberme encontrado tan temprano en el jardin.—Y en efecto, sus ojos estaban irritados como si no hubiese dormido en toda la noche.

—Sino fuese porque le hace á U. sufrir, bendeciria ese dolor de cabeza que me proporciona tal felicidad.

--No le parece á U., caballero, que la vida del campo en medio de estos perfumes y de estas flores es muy deliciosa? dijo Soledad queriendo dar un nuevo giro á la conversacion.

—Sin duda que si, señorita, contestó Eduardo persistiendo en su sistema, sobre todo cuando se tiene á su lado una bella compañera, y acentuó sobre estas últimas palabras mirando á Soledad.

—Qué agradable es la vista del agua, dijo ella inclinán-

do su graciosa cabeza sobre el borde del estanque.

—En efecto, señorita, y tanto mas agradable cuanto que siempre dice la verdad á la belleza.

Soledad se retiró con precipitacion porque acababa de ver su rostro reflejarse en la serena superficie del estanque. Aquella persistencia en los elogios llegó casi á ofenderla, pero las bellas como los dioses gustan siempre del incienso por muy modestos que sean, y muy pronto se sintió inclinada á perdonar, porque en el fondo creia que Eduardo no le hacia sino justicia. Con todo su pudor instintivo le hacia alarmarse por ellas, y procuró poner término á la conversacion.

—Me siento mas aliviada, dijo ella, y me retiro. Una ama de casa tiene mucho que hacer en ella por la mañana, y sobre todo cuando tiene huéspedes, añadió con una encantadora sonrisa.

—Señorita, tendré el gusto de ofrecer á U. el apoyo de mi brazo hasta arriba.

Eduardo dió el brazo á Soledad y ambos se dirigieron á la casa. Aquel comprendió que habia dicho ya lo bastante, y que no podia pasar mas allá sin ofender ó alarmar á Soledad, porque no hay manjar por delicado que sea que no repugne cuando se toma en grande cantidad. En consecuencia, solo siguió hablando de cosas insignificantes por mantener la conversacion. Soledad se sintió aliviada de un gran peso, y poco á poco fué sintiendose mas confiada y alegre, sucediéndole lo que á muchas mugeres, que alarmadas en el primer momento, se hacen expansivas luego que creen que el peligro ha pasado. La conversacion que tuvo con Eduardo fué casi intima, y él conoció inmediatamente el terreno que habia ganado.

En el camino encontraron á Cecilia, que tambien habia bajado al jardin, y los tres pasaron luego al salon. Sole-



dad se escusó con algunos quehaceres y salió dejando solos á Cecilia y Eduardo.

—Eduardo, dijo Cecilia al cabo de algunos instantes, quisiera que nos fuésemos hoy mismo á nuestra casa, porque cuando no estoy sola contigo todo me fastidia.

—Tambien me fastidio yo en aquel inmenso caseron viendo todos los dias las mismas caras, contestó Eduardo con fatuidad.

—Ah! Eduardo! tú ya no me amas cuando no te basta como en otro tiempo el verme á mi sola para estar contento.

—No digo eso, Cecilia, siempre te amo del mismo modo, pero el hombre nació para la sociedad y no puede vivir entregado constantemente al amor.

—Eso mismo me digistes ahora dos meses cuando te fuiste á la Paz, y apenas hace algunos dias que has llegado ya me repites lo mismo. Ah! tú ya no me amas.

—Crees, mi querida Cecilia, que porque no te amo del mismo modo que tú, te amo por eso menos?

—No sé como aman UU. los hombres, pero para mi tú eres mi universo. Si tú estás triste, lo estoy contigo; si ries, rio tambien, y me parece que todos los sentimientos de tu corazon se comunican al mio por medio de tus miradas. Oh! no creo que tú puedas pagar tan mal tanto y tanto amor que te he consagrado.

Se conocia que Eduardo estaba evidentemente contrariado, y que comprometido con su prima en una aventura de pasatiempo, se asustaba del inmenso amor que se habia desenvuelto en el alma ardiente de Cecilia, pero pronto volvió á tomar sobre sí su imperio acostumbrado.

—Eres una niña, Cecilia, le dijo estrechándole la mano con cariño, porque me ves algunas veces serio contigo ó po-

litico con los demas, crees ya que no te amo. ¿Como podria dejar de amarte? Eres tan linda, tan buena y sobre todo tan amorosa, que cometeria un crimen si no te amaso. Aleja de ti esas sospechas infundadas, porque te amo mil veces mas que antes, con toda mi alma, con todo mi corazon.

El verdadero amor es siempre crédulo, y Cecilia quiso engañarse à si misma dando oidos à aquellas palabras de su amante, desentendiéndose de sus acciones que le decian lo contrario.

—Gracias, Eduardo, gracias! exclamó ella. Si tú me engañas cometerás un crimen de que te pedirá cuenta Dios.

En aquel momento entraron todas las personas restantes con quienes hemos hecho ya conocimiento, y despues de los saludos de costumbre pasaron al comedor donde los esperaba un abundante desayuno.

Una vez sentados à la mesa, Eduardo se propuso dar principio à su ataque para ganarse la buena voluntad del marido de Soledad, y abrirse la puerta de aquella casa, contando con la seguridad de ser siempre bien recibido en ella.

D. Ricardo Perez, marido de Soledad, pertenecia à una antigua familia del pais, que habia adquirido una inmensa fortuna en la explotacion de minas de Potosi, y siendo el hijo mayor de la familia le habia tocado una herencia considerable. Apegado à los intereses de la madre patria, por efecto de su posicion y de sus relaciones, asi que estalló la lucha de la independenciam se declaró contra ella, y aunque no habia obrado activamente para contrarestarla, siempre fué su enemigo declarado. Sancionada la independenciam del Alto Perú, y constituida la República Boliviana, se habia retirado al campo resignándose al nuevo orden de cosas como

á una necesidad fatal, pero haciendo siempre votos secretos por el triunfo de la reaccion. Eran conocidas las opiniones políticas de D. Ricardo, y lo eran mucho mas por Eduardo en razon de los vinculos de amistad que le unian con su tio D. Manuel. Por este flanco vulnerable se propuso atacar al marido de Soledad, é inició la conversacion de modo que viniese á recaer sobre la politica del dia.

Entonces Bolivia no era lo que es hoy; una nacion homogénea, que no comprende ni puede comprender otro sistema que el representativo republicano. Habia vencedores y vencidos; la nacion estaba dividida en dos grandes partidos que se distinguian perfectamente, y las pasiones estaban todavia vivas y palpitantes. Asi es que Eduardo contaba que una vez tocado el asunto D. Ricardo estallaria, y él entonces tendria ocasion de lisongear sus pasiones políticas.

—No sé si están UU. informados, dijo Eduardo, que el gran Mariscal de Ayacucho y el Libertador Bolívar se ven complicados en una cuestion con la República Argentina por la posesion de Tarija?

—Algo he oido decir sobre eso, contestó D. Ricardo, pero no tengo ningunos detalles sobre él particular.

—En mi tiempo, dijo D. Manuel, cuando todas estas tierras pertenecian al Rey de España, no habia estas disputas de territorio, todos vivian en santa paz como hermanos, y nadie se acordaba de buscar peleas á su vecino. Ah! qué tiempo aquel de los Vireyes! Entonces si se podia vivir, pero la patria ha venido á acabar con todo.

—Permitame U. tio que le diga que no estoy del todo de acuerdo con su opinion. No dudo que aquellos eran muy buenos tiempos, pero es indudable que algo hemos ganado en el cambio de cosas que se ha ejecutado. De colonos hemos pasado á ciudadanos, nos hemos constituido en nacion so-

berana é independiente, los hijos del pais ocupan los primeros destinos, hemos adquirido derechos preciosos, y aunque luchando con mil dificultades, nos hemos puesto en el camino de los adelantos y de las mejoras. .

Este elogio de Eduardo por los resultados que habia producido la revolucion americana era hábilmente calculado para estimular á D. Ricardo á desembozarse. Era Eduardo demasiado sagaz para empezar halagando sus preocupaciones, y queria irritarlo primero para dejarle el honor del triunfo cuando conviniese, porque sabia muy bien que las amistades que se inician por contradicciones son siempre las que tienen mas encanto, y las que se cultivan con mayor abinco. Su táctica produjo el efecto deseado, y D. Ricardo no pudo contener por mas tiempo la violencia de su caracter.

—Dice U. que hemos ganado en el cambio de cosas que se ha ejecutado?, y qué es lo que hemos ganado? Pasar á ser esclavos de otros tiranos mayores que los que teniamos antes, que disponen á su antojo de nuestras vidas y propiedades; tener derechos escritos en el papel, siendo la voluntad del caudillo la única que impera; entrar en el camino del desórden y la anarquia en vez del de los adelantos y las mejoras, y por último ser nacion soberana é independiente solo para buscar querellas á nuestros vecinos! Vivimos en medio del desórden, de la pobreza y de la sangre. Eh! para llegar á semejantes resultados no merecian la pena de tan inmensos sacrificios como se han hecho, asolando el pais é inmolando millares de victimas.

Este arranque de D. Ricardo llamó la atencion de todos, y como conocian la intolerancia de sus opiniones parecian inquietos por el resultado que podria tener la discusion. Solo Eduardo estaba tranquilo. Se recojió algunos momentos antes de responder.

—Convengo, dijo por último, en que tiene U. mucha razón en todo cuanto acaba de decir, aun cuando veo que U. está dispuesto á mirar las cosas por el peor lado. Los males que U. enumera son positivos, pero no por eso hemos de creer que serán eternos. Hemos dado ya el primer paso, que era el mas difícil, y no debemos considerar el actual orden de cosas sino como transitorio. Lucirán para la América días mas hermosos, y entonces nuestros nietos bendecirán la obra de sus abuelos; pero sin embargo, añadió queriendo hacer una nueva concesion, creo que la revolucion americana ha sido prematura, y que si se hubiese postergado algun tiempo mas se habria ahorrado mucha sangre, y muchos sacrificios.

Aquellas concesiones habilmente graduadas desarmaron la ira de D. Ricardo, y como encontró en Eduardo contradiccion é identidad de ideas á la vez, se dejó arrastrar por la simpatia que le inspiraba el hombre que de aquella manera le hablaba, limitandose á decir:—Tal vez tiene U. razon en todo lo que dice, pero es muy triste que nos haya tocado nacer en la época de esos ensayos, que sabe Dios á que abismo nos conducirán.

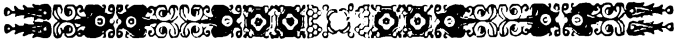
Eduardo comprendió con su acostumbrada penetracion que D. Ricardo estaba en camino de ser suyo, pues desde el primer momento habia conseguido ponerlo de su parte. Se propuso continuar el plan con teson y hacerse necesario á la vida de aquel hombre, de quien tanto necesitaba para introducir el deshonor, y tal vez la muerte en el seno de una familia.

En seguida se tocaron otros varios puntos de conversacion, en todos los cuales tomó parte Eduardo, manifestando á Soledad una tibia urbanidad, y procurando granjearse la benevolencia de D. Ricardo. Acabado el almuerzo los huéspedes

se dispusieron á partir, y el dueño de la casa instó mucho á Eduardo para que lo visitase con frecuencia, lo que esto prometió hacer.

Luego que los huéspedes hubieron partido, Soledad salió á la galería y estuvo mirando desde allí á Eduardo, que iba por el fondo de la quebrada cabalgando con gracia en un hermoso caballo negro, en compañía de su tío y de su prima. La joven le miraba con encanto, y cuando le vió desaparecer le pareció que le faltaba algo, como si le arrebatasen la mitad de su porvenir. Sintió que sus ojos se humedecian, y no pudiendo contenerse exclamó con voz desfallecida:—Es preciso que yo no vea á ese hombre porque le amaría!





## CAPITULO CUARTO.

---

### Correspondencia.

Hacia como quince dias que Eduardo habia sido presentado en casa de D. Ricardo. En este intervalo habia conseguido hacerse el amigo intimo de ella. En el campo se hacen pronto las amistades, por poca disposicion que haya de una y otra parte. D. Ricardo no podia pasarse de la sociedad de Eduardo, quien pasaba frecuentemente dias enteros alli; y aun algunas veces se quedaba á dormir. Soledad procuró al principio huir de su presencia, pero muy pronto se dejó arrastrar del encanto de verle, hablarle y oirle hablar. Frecuentemente pasaba las noches enteras oyendo las disputas de politica entre Eduardo y su marido, y aunque en el fondo tomaba poco interes por ellas, se complacia en oir el metal de voz de aquel hombre, y recoger algunas miradas ó alusiones indirectas que le dirigia, y que ella en su inexperiencia y candor no procuraba evitar. D. Ricardo veia por otra parte con gusto las atenciones de Eduardo hacia Soledad, porque los maridos celosos es muy frecuente que sean ciegos únicamente para el único hombre de quien debieran temer. Asi es que Eduardo acompañaba muchas veces á can-

tar á la jóven castellana, ó teia con ella algunos de esos libros que á la vez que nos encantan derraman veneno en el corazon.

Tal era el estado de las cosas, cuando una noche á las diez de ella, Eduardo se retiraba de casa de D. Ricardo y se dirigia á la hacienda de Alarcon. Llegado á esta última se apeó del caballo, lo entregó á un criado y subió precipitadamente á su habitacion. Tiro sobre una silla el látigo y el sombrero, y se recostó sobre su cama. En seguida se levantó, dió algunos paseos por la habitacion, y acercandose á su mesa de escribir vió sobre ella dos cartas, una con sobre y otra sin él. Abrió la segunda y leyó en ella lo siguiente:—

«Eduardo.

Hace tres dias que no te veo, y en los anteriores apenas has pasado algunos instantes conmigo. Sales por la mañana á cazar ó pasear por los alrededores, segun dices, y no vuelves hasta tarde de la noche. Mientras tanto yo solo pienso en tí. Me levanto temprano para verte salir desde mi ventana, y de noche no me acuesto hasta que he sentido las pisadas de tu caballo, y tus pasos que resuenan en la escalera. Entonces todo mi anhelo es estar á tu lado, pero si esto no es posible al menos me duermo tranquila pensando que reposamos bajo el mismo techo. Pero cuando no vienes paso una noche de martir, y me figuro que te ha sucedido alguna desgracia. No puedo cerrar mis ojos un solo instante. Cuando brilla el dia pregunto por tí, y entonces sé por tu criado que te has quedado á dormir en casa de D. Ricardo. No sé que pensar de tí, lo único que sé es que esta vida me matará. Tu vista y tu amor es para mí la vida. Oh! Eduardo, vuelveme aquellos dias de felicidad del principio de nuestro amor, que tan rápidamente han



pasado para no volver más tal vez, porque sino soy capaz de todo. Espero que mañana me consagres el día; tengo mucho de que hablarte.

CECILIA.»

Eduardo leyó aquella carta con hastio, como sucede siempre que una muger llega á manifestar imprudentemente toda la profundidad de su amor á un hombre egoista. La tiró sobre la mesa, y en seguida abrió la otra que decia asi:—

«Mi querido Eduardo.

«Todos los amigos me encargan que te escriba en su nombre. Hace cerca de un mes que nos dejaste, prometiendo estar entre nosotros pasados veinte días, y segun parece llevas camino de eternizarte en el valle. Todos estrañan tu ausencia y ansian por el momento de volverte á ver, desde que tú les faltas son como otras tantas plantas sin riego que se marchitan rápidamente. Tu vista solo podria volverles su antiguo verdor. No estrañarás la comparacion, porque sabes que soy medio poeta, y me gustan las imágenes.

Adios, mi querido Eduardo, recibe recuerdos de todos los amigos, y la expresion del vivo desco que tengo de volverte á ver.

«Tu amigo»

ADOLFO.»

«P. D. Estoy esperando la relacion que me prometiste. Leida esta carta Eduardo se sentó frente á su bufete y se puso á escribir.

«Mi querido Adolfo.

Te prometí escribirte apenas llegase á este valle, haciendote de él una descripcion, la misma que me exijas en tu carta que acabo de recibir, porque tú tienes la mania de quererte imponer de todo; pero si esperas mi descripcion te llevas un gran chasco, pues á todo estoy dispuesto menos á

hacerte descripciones de la naturaleza. Dejo ese trabajo á los poetas como tú, y á los novelistas que llenan con ellas páginas y páginas á falta de otra cosa mejor. Contentate por ahora con el rápido bosquejo de una gran empresa que tengo entre manos.

Sabes que he encontrado una perla en el fondo de este valle? Pues sí, amigo mio, he encontrado en él una de aquellas criaturas angelicales que Dios ha creado *ex-profeso* para el placer del hombre. Es una jóven bella como los ángeles, pura como una virgen, aunque casada, suave.....en fin, como tú quieras. Suple tú la comparacion, porque con decirte que es bella lo he dicho todo.

Me he propuesto amar á esa muger, es decir, me he propuesto enamorarla, y esa conquista que yo juzgaba facil me presenta hoy mas de un obstáculo. Su propia inocencia la guarda de mis asechanzas. Pero con todo creo que está muy cercana la hora de su rendicion. Unida á un viejo, á un cadáver ambulante, ella no es ni puede ser feliz, y conozco (sin fatuidad) que he ganado inmenso terreno en su corazon.

Al principio evitaba mi presencia, lo que me probaba que me temia, porque la muger que huye de un hombre es indudablemente porque teme amarlo. Esto lo han dicho millones de personas antes que yo, pero á mi se me antoja repetirlo ahora por via de leccion. Mas tarde no ha podido resistir al sentimiento que la arrastraba hácia mi, porque necesita ver á otra persona que no fuese su viejo marido, y poco á poco me he hecho una necesidad de su vida. Ella todavia no adivina que mi amor ha llenado el vacio que sentia en su corazon. Estoy resuelto á dar el golpe decisivo, y para el efecto he preparado mi plan de ataque. Aqui me tienes pues en la brecha.

No hace una hora que he estado con ella. Cuando fui

à su casa la encontré sola en el salon, tocando el piano. Me acerqué sin que me sintiese y me coloqué à su espalda. Ella continuó tocando. Sus dedos recorrían con distraccion las teclas del instrumento, haciéndole producir sonidos vagos é inconexos, aunque tiernos y melancólicos, que parecían ser la expresion del estado de su alma. Entonces la saludé: ella volvió la cabeza y exclamó al verme:—  
Ab! es él!

—Señorita, la dije, dicen que las almas sensibles tratan siempre de comunicar sus emociones à todo cuanto les rodea, y si esto fuese cierto, debería creer que los sonidos que ha arrancado U. del piano, son la expresion del estado de su corazon.

—Por qué lo dice U?

—Porque eran suaves y melancólicos, y su rostro de U. parece indicar esos dos sentimientos.

—Es cierto, me sentia triste y quise distraerme tocando alguna cosa, pero no he podido coordinar dos notas.

—La música no es siempre el mejor alivio para el que sufre, porque con frecuencia multiplica sus dolores aunque los endulce algun tanto; pero de todos modos siempre llena el vacio que sentimos en nosotros mismos, cuando un gran pesar nos agovia, sea con dolores ó con dulzuras.

—Cree U. que en todos los casos la música puede llenar el vacio del corazon?

—No hay reglas que no tengan sus escepciones. Hay ciertos vacios que no pueden ser llenados con nada. Por ejemplo: una vida vacia de amor solo puede ser llenada por el amor. Dios, al formar el hombre y la muger para amarse parece que impuso esa condicion imprescindible, como el único medio de que no se sustrajeran à la ley fatal de la naturaleza.

—El amor, dijo ella despues de algunos momentos de silencio, lo cree U. tan esencial á la vida humana que no se puede vivir sin él?

—Vejetar si, pero vivir no. Amando gozamos de las mas inefables ilusiones; las flores nos parecen mas olorosas, el aire mar puro, el mundo todo mas hermoso, y es porque lo vemos al traves del prisma del obgeto amado. Y cuando no somos felices gozamos hasta en nuestros mismos tormentos, por las emociones que se despiertan en el corazon y embriagan la cabeza. Hay en los tormentos del amor cierto sabor acre que nos agrada, como eiertos manjares picantes, que halagan y escocen el paladar.

—Sin embargo, no faltan ejemplos de personas que se han sustraído á la ley fatal de que U. habla.

—Asi ha sido su vida, señorita. Ah! la vida es muy triste y su camino muy penoso, y es necesario que sean dos las personas que lo crucen para hacerlo mas llevadero.

En esta circunstancia entró el marido, y puso término á la conversacion.

Ya ves que tengo ocupacion por algun tiempo, y que deben perder la esperanza de verme la cara á lo menos por dos meses.

Adios, tengo sueño y voy á acostarme.

EDUARDO.»

Concluida esta carta se acostó en su cama, y se durmió tranquilamente, con el sueño no del justo sino del egoista.



## CAPITULO QUINTO.

### La nueva Heloisa.

Al día siguiente de haber escrito Eduardo la carta que acaba de leerse se levantó muy temprano, se vistió con esmero y mandó á su criado que ensillase su caballo. Cuando se disponia á bajar la escalera fué detenido por Cecilia.

—Eduardo, le dijo, has leído mi carta y me abandonas!

Eduardo hizo un gesto de impaciencia que no pudo ocultar, y que no se escapó á la penetracion de la mujer amante y celosa.

—Bien veo, añadió, que ya te fastidia mi amor, pero si me humillo hasta el grado de suplicarte, bien sabe Dios que no lo hago por mí, sino por mis pobres padres y.... por nuestro hijo, Eduardo, porque voy á ser madre. Oh, si tú me rechazas me moriré de dolor y de vergüenza.

—Dudas de mi amor? preguntó Eduardo con una voz helada que quiso hacer tierna.

—No te pido ya tu amor, ni te hablo en nombre de él, me dirijo solo á tus sentimientos de honor, y te hablo en

nombre de tu deber. Pongo en tus manos mi honor y mi destino. Llevada por el amor te he entregado todo cuanto una muger puede dar. De ti pende mi vida ó mi muerte. No te exijo que me contestes ahora, pero de la palabra que pronuncies depende todo mi porvenir. Confío en ti. Adios.

Luego que hubo hablado así con acento grave y conmovido se retiró con dignidad arrojando sobre Eduardo una mirada en que aquella muger parecia haber reconcentrado todo su cariño. Pero aquellas palabras cayeron sobre el corazón de Eduardo como las lluvia sobre el bronce, que humedeciendo la superficie no lo penetra jamas. Se sintió avergonzado por su infame conducta, pero no conmovido por la situación de aquella muger que se habia sacrificado por él. Una chispa de generosidad se encendió en su alma, pero pronto fué apagada por el helado egoismo que lo dominaba. Bajó la escalera, montó á caballo y se dirigió hácia la hacienda de D. Ricardo, diciendo:—He aqui una aventura en que me veo comprometido. ¿Pero no he salido bien de tantas otras iguales? Entonces, por qué he de desesperar en esta ocasion? Engañemos á esta muger, y esperemos del tiempo que todo lo arreglará.—Haciendo estas reflexiones ú otras semejantes llegó al patio de la casa de D. Ricardo, entregó su caballo á un criado y subió precipitadamente la escalera. Preguntó por D. Ricardo y le contestaron que habia salido al campo, pero que la señorita estaba en su costurero y que podia pasar á verla.

Eduardo entró al salon y pasó al costurero. Soledad estaba sola bordando y sentada en el hueco de una ventana de farol bañada por toda la luz que penetraba por ella. Estaba pálida y abatida como si hubiese pasado una mala noche. Luego que entró Eduardo sus ojos se animaron, y contestó con embarazo á todos sus cumplimientos. En seguida hablaron

del tiempo, de las flores y de todas aquellas cosas insignificantes con que se procura entretener una conversacion, para ocultar lo que realmente se piensa ó se quiere decir. Eduardo solo esperaba una oportunidad para empezar su ataque. Esta se presentó. Soledad tenia á su lado un libro entreabierto, que Eduardo conoció inmediatamente por haberlo visto ya otras veces.

—Qué libro leia U., señorita? dijo tomando el libro y hojeándolo.

—Julia ó la Nueva de Heloisa, contestó Soledad ruborizándose.

—Es un hermoso libro que siempre se lee con placer. Cada vez que mis ojos se fijan sobre estas pájinas me parece que se exhala de ellas un perfume de amor y de castidad. Pobre Julia! ligada al destino de un hombre á quien no amaba, y amar á otro que no podia ser suyo.

Soledad suspiró y Eduardo continuó con mas calor.

—Pero cuantos goces encontraba á la vez en esa vida de ternura y sacrificio, dividiendo su corazon entre el deber y el amor! Cuanta poesia hay en esos castos amores que pueden ser cantados á los oidos de los ángeles! No le parece á U., señorita, que en medio de su desgracia Julia tenia una fuente inagotable de felicidad, porque amaba y era amada?

—Oh, si, dijo ella, debia ser feliz. Y añadió como queriendo cambiar de conversacion. Lea U. en donde está señalado, que es donde habia interrumpido mi lectura.

En la pájina señalada se encontraba precisamente una de las cartas mas tiernas y amorosas de Saint-Preux. Eduardo se puso á leerla con todo el fuego, con toda la melodia de su voz y la accion animada de que estaba dotado

por la naturaleza. Soledad habia dejado caer la aguja con que bordaba, y le miraba como fascinada por aquella serpiente que ocultaba su veneno bajo las flores del amor. En la inexperiencia que tenia de la vida se entregó sin embozo al embeleso que le causaba oír á Eduardo pronunciar tantas y tan dulces palabras. A veces creía que se dirigian á ella. Luego que Eduardo hubo concluido la carta, exclamó sin poderse contener:—Oh, dice U. bien, Julia era feliz, pues tenia quien le hablase de ese modo!

—Oh! señorita, yo tambien seria Saint-Preux si encontrase una Julia.

—Ah, pero no hay una Julia en el mundo.

—Toda muger que ama y es amada es una Julia, si á su hermosura reune corazon y talento, pero no todas se hallan en iguales circunstancias para manifestar los tesoros de amor que ocultan en el fondo de su alma. Figurese U. por un momento, señorita, una joven unida contra su voluntad, que encontrase por primera vez al hombre á quien Dios habia destinado para ser el querido de su corazon. ¿No seria esa muger una nueva Julia, como la otra fué una nueva Heloisa? Quien podria reprocharle el que se entregase á los sentimientos de su corazon? Y si esos sentimientos eran castos y puros, podrian ser reprobados ni aun por su propia conciencia? Oh, no, jamas. Me parece que si yo encontrase una muger en una situacion idéntica le consagraria todo el resto de mi vida para amarla de rodillas y tributarle el amor mas puro y santo que puede abrigar el corazon humano, un amor tal que pulicemos ofrecerlo como holocausto al Dios que vela por todos nosotros.

—Oh, si! si! murmuró Soledad como contestándose á una pregunta que se hacia á si misma. El veneno que Eduardo destilaba gota á gota habia filtrado hasta su corazon. La



paloma estaba ya entre las garras del gavilan y solo la providencia podia salvarla.

—Soledad, le dijo Eduardo, llamándola por la primera vez por su nombre de bautismo el único que conoce el amor, no ha amado U. jamas?

—Si he amado! He amado á mi padre y á mi madre, y he amado tambien á mi primo Enrique....como á un hermano.

—Pero no era de ese amor del que yo hablaba á U. sino de ese amor que divinizaba á Julia, de esa ardiente aspiracion que nos arrastra hácia otra persona que nos hace desear su vista, su voz, su contacto. De aquel sentimiento que nos hace vivir en otro ser, con quien sentimos, con quien llo-ramos y nos alegramos á la vez. De aquel bálsamo divino que descende á nuestros corazones y nos consuela en las amarguras de la vida. De aquella música inefable que suena en nuestros oidos y nos hace presentir los coros de los serafines. De ese amor hablaba á U., Soledad. ¿No lo ha sentido U. jamas?

Soledad guardó silencio, porque estaba demasiado conmo-vida para contestar. Al cabo de algunos momentos se repuso y dijo:—¿Y es posible sentir de ese modo sobre la tierra?

—Y U. me lo pregunta? ¿De otro modo como seria so-portable la vida?

Soledad se entregaba al encanto de aquella conversacion, sin ver lo peligrosa que era, mucho mas despues de haber leído un libro de amor junto con un joven hermoso y elo-cuente, peligros que han sido elocuentemente cantados por el Dante en su bellissimo episodio de Francisca de Rimini. Aqui estaba Francisca con todo su amor, su candidez y su pureza, pero Lancelot estaba reemplazado por Lovelace.

—Y U. que tan bien sabe pintar ese sentimiento, ha amado

alguna vez de ese modo?

—Jamás hasta ahora, contestó Eduardo mirandola fijamente; para ello sería preciso que hubiese encontrado á U. libre, y entonces la hubiera amado con toda mi alma, con todo mi corazón. Si, Soledad, la hubiera amado á U. Del mismo modo que la amo ahora y la amaré siempre.

Soledad se había parado y parecía dispuesta á retirarse: Pero estaba tan turbada que sintiendo que lo flaqueaban las rodillas tuvo que sostenerse en el respaldo de la silla. Viendola Eduardo en aquel estado, se acercó á ella y le tomó una mano, que no tuvo fuerzas para retirar.

—Quiero U. huir de mí, Soledad, y por qué? Puede ofenderle á U. un amor tan respetuoso como el mio? Amo y respeto á U. tanto que jamás me perdonaría haberla ofendido. Perdone U. á quien no ha podido ser insensible á su belleza y que pone hoy á sus pies un amor tan profundo y tan puro que muchas mugeres envidiarían.

—Caballero, dijo Soledad en la agonía de su resistencia, olvida U. que soy casada?

—Y por qué me lo recuerda U?...Pero no, no he dicho antes á U. que si encontrase á una muger en la situación de Julia la amaría y le consagraria el resto de mis días? Esa muger es U., Soledad. Joven y bella es imposible que no sienta U. la necesidad de amar, de expandir la superabundancia de su vida y juventud, de ser feliz y de hacer feliz á otro, porque U. no es feliz, Soledad. Yo vengo á traerle á U. la felicidad, vengo á ceñir su cabeza con la corona del amor y ofrecerle los goces de un cariño puro en el que jamás encontrará remordimientos. ¿Me rechazará U., Soledad? Oh, no, sus ojos de U., sus palabras involuntarias, sus acciones, todo me ha dicho que U. me amaba. Oh, diga U. que es así, y seré el mas feliz de los mortales.

Soledad se tapó la cara con ambas manos y exclamó sollozando:—Eduardo, no exija U. eso de mi....Dios mio! Dios mio!—Y sintiendo que habia dicho demasiado se retiró á su aposento y se echó á llorar sobre su cama diciendo:—Oh, creo que le amo!







## CAPITULO SEXTO.

### Reminiscencias.

Al pie de la casa de campo de D. Ricardo había una hermosa huerta de limoneros dulces, cercada por una alta tapia. A la entrada de la huerta se veía una cabaña limpia y bien construida que servía de habitación al dueño de ella y su familia. En el momento de que hablamos estaban sentados frente á su puerta dos personas ancianas, de distinto sexo. El hombre parecía tener como setenta años, y su fisonomía dulce y grave anunciaba la bondad de su corazón. La muger representaba como cincuenta y cinco años, y su rostro conservaba aun algunos rasgos de belleza. Ambos estaban vestidos con humildad, pero con limpieza.

—Marta, dijo el anciano, has estado hoy arriba á ver á la señorita?

—Si, Antonio, y ojalá no hubiera estado, porque me ha afligido mucho.

—Y por qué, Marta?

—Porque la señorita está cada día mas triste, y con la vida que lleva no es posible que viva mucho tiempo. Pobre niña! tan linda, tan buena y tan desgraciada!

—Si, la pobrecita es bien digna de compasion. Pero dime, Marta, tú que la has dado el pecho y has vivido con ella hasta que vino á esta hacienda, debes saber como ha podido casarse con D. Ricardo. Algo me has dicho sobre eso, pero nunca me has contado toda la historia.

—Ay, Antonio, nunca lo he hecho, porque cada vez que me acuerdo de esas cosas no puedo contener las lágrimas y padezco mucho. Con todo, voy á darte gusto porque es necesario que conozcas á tus patrones.

—Ya te escucho.

—Sabes tú que yo fui la madre de leche de la señorita Soledad. Cuando yo empecé á darle el pecho tenia ya como dos meses. Despues que la hube criado fué tal el cariño que me tomó, que sus padres me pidieron que me quedase en la casa para cuidarla, lo que sabes tú que acepté con gusto, porque queria á Soledad como á una hija.

—Si, bien me acuerdo de eso, y tambien que yo te permití con mucho gusto que te quedases, porque me dolia que te separases de la pobre niñita.

—Tenia Soledad cerca de cuatro años cuando murió un hermano de su padre D. Pedro, quien le recomendó su hijo al tiempo de morir. D. Pedro lo tomó á su cargo, lo trajo á su casa y desde aquel dia lo trató como á un verdadero hijo.

—Nunca me olvido de D. Enrique. Qué hermoso muchachol Me acuerdo que cuando venia á casa contigo y la señorita, se entretenia mucho jugando conmigo. Y como se querian con la señorita!

—En efecto, se querian como unos hermanos, y á medida que iban creciendo no podian estar ni un momento separados. Viendo el cariño entrañable que se tenian, D. Pedro concibió la esperanza de unirlos algun dia. Pero la muer-

to lo sorprendió antes que hubiese podido unir á los dos jóvenes. Cuando D. Pedro murió, Soledad tenia doce años y D. Enrique diez y seis. Viendo que por su tierna edad no podian ser esposos todavia, recomendó á su muger que los educase el uno para el otro y que los uniese asi que Soledad tuviese quince años. La fortuna que D. Pedro dejó á su familia era muy pequeña, porque aun cuando antes habia sido rico, la guerra lo habia arruinado, habiendo hecho grandes gastos en favor de los patriotas, por lo que era mal mirado de los españoles. Quedó de albacea de sus bienes D. Ricardo, nuestro patron, quien adicto á la causa de los españoles siempre se habia manifestado amigo de D. Pedro.

Pasado algun tiempo empezó á figurar el nombre del Jeneral Lanza como uno de los caudillos mas terribles que combatian contra los españoles en el Alto Perú. La relacion de sus hazañas entusiasmaba siempre al joven D. Enrique, á lo que contribuia mucho las ideas que le habia comunicado D. Pedro en su educacion. Un dia se presentó á la madre de Soledad, á quien él tambien llamaba su madre, y la dijo que estaba resuelto á irse á incorporar al Jeneral Lanza para pelear por la independencia de su patria. En vano quiso la señora disuadirlo: ni sus ruegos, ni las lágrimas de Soledad pudieron hacerle variar de resolucion. Por último, partió dejando á la familia anegada en lágrimas, y hoy me ha dicho la señorita que ha vuelto por fin á la Paz con el grado de capitán, despues de haberse hallado en las batallas de Junin y Ayacucho.

—Bendito sea Dios! D. Enrique capitán! Qué gusto tendrá la señorita al verlo! Pero prosigue, Marta, tu narracion.

—Despues de la partida de D. Enrique, D. Ricardo se manifestó como el amigo mas íntimo de la casa y se ganó la

confianza de la señora. En estas circunstancias fueron confiscados los bienes del difunto D. Pedro por haber pertenecido á un rebelde, y Soledad y su madre quedaron en la mayor indigencia, privadas de todo recurso. La señora habló á D. Ricardo, quien puso por precio de sus servicios la mano de Soledad. Esta se negó y la madre no quiso violentarla. Desde aquel día Soledad trabajaba diez y seis horas al día para mantener la casa y yo la ayudaba siempre en cuanto me era posible. Pero la pobreza y los disgustos acabaron al fin con la pobre señora. Sintiendo que ya iba á morir me llamó á mi y á su hija, á quien le dijo tomándole la mano y apretandosela con ternura:—Hija mia, yo te voy á faltar y vas á quedar sola en el mundo. Si Enrique estuviese aquí te dejaría encomendada á él, pero nada sabemos de su suerte, y sabe Dios si volverá algún día; mientras tanto tú necesitas amparo y protección. Acepta la mano de D. Ricardo y moriré contenta.—Está bien, madre mia, contestó Soledad llorando.

Inmeditamente llamaron á D. Ricardo y se le hizo saber que á ruego de su madre Soledad consentía en ser su esposa. El casamiento se hizo al frente de la cama de la moribunda. A los tres días de casada Soledad, su madre murió recomendándole que fuese virtuosa, y á D. Ricardo que hiciese la felicidad de su hija.

Cuando Marta acabó de hablar los dos esposos quedaron en profundo silencio y al parecer muy conmovidos. Los pasos de un caballo que se adelantaba por el sendero á cuyo borde estaba la cabaña los sacó de su meditación. Levantaron la cabeza y vieron á un oficial seguido por un soldado que venia en dirección á ellos. El que venia adelante era un joven como de veinte y cuatro años. Su fisonomía tostada era grave y severa aunque llena de dulzura. Sus ojos



grandes y negros le daban mucha expresion y su mirada parecia indicar un caracter entusiasta aunque modificado por los azares de la vida. Su pelo negro, el arco de ébano de su bigote, y las pobladas patillas que rodeaban su rostro acababan por imprimirle el sello de aquella belleza varonil que casi siempre es el distintivo de las almas bien templadas. Estaba sencillamente vestido con un uniforme azul de caballeria, unas largas botas granaderas, una gorra redonda con un galon de oro, su espada al costado y un pequeño poncho de seda verde forrado en paño de grana.

Cuando el joven llegó frente á la cabaña de los dos ancianos se detuvo y preguntó á Antonio si la casa que se veia mas arriba era la de D. Ricardo Perez. Antonio en vez de contestarle se puso algunos instantes á considerarlo, y cuando el joven militar empezaba á impacientarse le dijo con voz conmovida:—D. Enrique, qué, ya no nos conoce U?

Enrique miró á ambos con atencion y dijo al fin:—Será posible! Antonio, Marta! y apeandose del caballo se arrojó á sus brazos.—Y Soledad? preguntó Enrique.

—Buena, señor, está allá arriba.

—Voy á verla, hasta luego, mis amigos. Vendré con ella á hacer á UU. una visita.

Y se lanzó casi al galope por el empinado camino en zig-zag que conducia á la casa principal.







## CAPITULO SEPTIMO.

### Despues de seis años.

Hay dos momentos hermosos en la vida: el momento en que uno se separa de una persona que aborrece, y el momento en que vuelve á unirse con otra persona que quiere. Enrique iba á gozar del primero. Despues de seis años de ausencia iba á volver á ver á Soledad.

Como Soledad lo habia dicho á su marido jamas habia tenido por Enrique otro afecto que el de una hermana. Este por su parte le correspondia con un cariño fraternal, aunque mas vivo y exaltado, y se habia familiarizado á asociar á su destino la imagen de Soledad. Pero no podia llamarse propiamente amor lo que sentia por ella. El amor es como esas flores que solo brotan en medio de los rugidos de la tempestad. Una vida tranquila, un camino sin tropiezos mas bien lo amortiguan que lo vivifican. Es por esto que muy rara vez se vé que dos jóvenes de distinto sexo que se han criado juntos lleguen á inspirarse una profunda passion. Pero luego que Enrique se separó de la compañera de su infancia sintió que su recuerdo le conmovia de una manera singular. La tenía siempre presente en sus sueños, y

en sus largas horas de meditacion solo de ella se ocupaba. Entonces empezó á amarla verdaderamente, y aquel amor nacido lejos de la vista del objeto amado echó cada dia raices mas profundas en su corazon. Asi fué que la noticia del casamiento de Soledad fué un golpe mortal para el pobre Enrique. Sin embargo, su afliccion fué atenuada en parte conociendo al marido. No creia que ella lo amase y esto le evitaba el tormento de los zelos. Esperaba volverla á ver algun dia y consagrarle un amor puro y desinteresado, y embalsamar su existencia con los suaves perfumes que habia atesorado en su alma para quemarlos á sus pies. Poseido de estos sentimientos habia regresado del Perú, é iba á volver á ver á Soledad.

Al acercarse á la casa su corazon latia con mas violencia. Llegado que hubo al patio preguntó por la señora, y habiéndosele contestado que estaba en la sala se hizo conducir á ella. Cuando entró al salon, Soledad estaba sentada frente al piano tocando el acompañamiento de la cancion de la Estrella. Al sentir los pasos de Enrique levantó la cabeza, los fijó en él por un momento y levantándose inmediatamente se arrojó en sus brazos exclamando:—Enrique, te esperaba!

—Soledad, este momento me compensa de todas mis fatigas y sufrimientos, la dijo Enrique besándola en la frente.

Despues de hacerse varias preguntas reciprocas fueron á sentarse juntos en un sofá. Entonces por primera vez Enrique pudo fijar su atencion en la persona de Soledad. Ya no era la niña tierna y juguetona que habia dejado. La juventud con todo el lujo de sus formas habia reemplazado á la infancia; su semblante nublado por el dolor era mas hermoso y mas grave, y el metal de su voz tenia aquella armonia que solo adquiere la muger despues de los diez y seis

años. La realidad que tenia presente excedia á los sueños de su imaginacion, y entonces se sintió mas apasionado que nunca. Soledad por su parte admiraba con abandono la belleza varonil de Enrique, y en aquel momento los recuerdos de su infancia se presentaban á sus ojos adornados de los mas ricos colores. Miraba á su amigo con cierta especie de respeto, y sentia en aquel momento un placer mayor que el que hubiese experimentado al volver á abrazar á un hermano. Despues de algunos instantes de silencio y de reciproca contemplacion, Enrique tomó la mano de Soledad y la apretó entre las suyas.

—Mi querida Soledad, la dijo, eres feliz? .

—Si, Enrique, le contestó ella, despues que te he visto.

—Y antes no?

Soledad suspiró.

—Ah! ese suspiro me dice lo que yo me habia dicho muchas veces con dolor: Soledad no es feliz. Pobre amiga mia! tú habias nacido para la felicidad, pero el dolor que veo esparcido en tu frente me anuncia que no la has alcanzado sobre la tierra. Pero hoy tienes un corazon donde depositar tus dolores, un seno donde descansar tu frente, y unos brazos que siempre estarán abiertos para ti. Hallarás en mi el afecto de un padre, la solicitud de una madre, el cariño de un hermano y....aqui se detuvo porque temió traicionarse.

—Gracias, hermano mio, por eso te esperaba porque necesitaba un corazon amigo en quien depositar mis amarguras. Si, á ti te lo diré todo, porque á ti te puedo abrir mi corazon como á Dios. No soy feliz, soy muy desgraciada. Sabes ya de que modo fui conducida al altar, cediendo á los deseos de mi madre moribunda. Desde entonces mi vida ha sido un perpétuo combate y no he tenido una sola hora de

placer, basta ahora que te he vuelto á ver, mi querido Enrique.

—Tus palabras me causan remordimientos, mi querida Soledad, porque me hacen sentir que jamas te debí haber abandonado. Ah, yo te hubiera hecho tan feliz! Hubiera protegido tu vida sembrando de flores el camino que debías atravesar. Falté al deber sagrado que Dios y tu padre me habiau impuesto y hoy sufro el merecido castigo encontrándote desgraciada.

—Como ha de ser, Enrique, si Dios lo ha querido así. Tú fuiste á llenar un deber mas sagrado aun, y hoy vuelves cubierto de gloria, despues de haberlo cumplido con honor. Siento un verdadero orgullo al volverte á ver así, y hoy como nunca me parece que mi corazon se abre á la vida y la alegría. Dios me debía esta compensacion despues de tantos años de sufrimiento.

—Querida mia, y tu marido no está en casa? Quisiera saludarlo.

—Ha salido á cazar con un amigo y no tardará en volver.

—Dime, Soledad, tu marido te trata del modo que tú mereces?

Soledad bajó la cabeza y nada contestó.

—Dimelo, Soledad, porque si creyese lo que tu silencio me dice, te protegeria como si fueses mi hija, y seria capaz de hacer pedazos al infame que te tratase mal, dijo Enrique con el fuego de la cólera en los ojos.

—No Enrique, no me trata mal, pero me atormenta pidiéndome un amor que no puedo darle, y esto trae cada dia escenas violentas que han amargado mi existencia desde el primer momento de nuestra union.

—Bien suponía que no podías amar á tu marido. ¿Pe-

ro no has sentido jamas la necesidad de amar? No has amado nunca?

Soledad se ruborizó y ya iba á contestar cuando se abrió la puerta del salon y entraron D. Ricardo y Eduardo en traje de cazadores con sus escopetas en la mano. D. Ricardo con el instinto de los zelos reconoció inmediatamente á Enrique, aunque solo conservaba un recuerdo confuso de su rostro. Enrique por su parte se levantó inmediatamente y presentó con cordialidad su mano á D. Ricardo que este tomó con visible frialdad. En seguida lo presentó á Eduardo. Los dos jóvenes se reconocieron inmediatamente por dos enemigos, y desde la primera mirada que cambiaron una antipatia reciproca se despertó en ellos. Parece que la antipatia nos hubiese sido dada por el cielo para suplir lo incompleto de nuestras facultades: la virtud presente por medio de ella el vicio de quien debe huir, y el malvado es advertido por el mismo sentimiento que está delante del justo que lo ha de castigar.









## CAPITULO OCTAVO.

### Diario de Soledad

Hacia cuatro dias que había llegado Enrique y seis que Soledad había dicho á Eduardo que le amaba. Despues de la llegada del primero se sentia turbada y ella misma no sabia como explicarse sus sentimientos. En el fondo de su corazon habia una lucha cuya causa aparente no se la habia revelado aun.

Soledad viviendo retirada y condenada á una vida de martirio habia buscado algun entretenimiento que la distrajese de las contrariedades de su existencia. Este entretenimiento lo habia encontrado en llevar un diario, del que hacia su amigo y confidente, comunicándole á él solo los sentimientos y los dolores que ocupaban su alma. Copiaremos algunos fragmentos de estas memorias intimas que nos revelarán mejor que nada los sentimientos de su corazon.

—«Le he dicho que la amaba. Dios me perdone si he cometido un pecado, pero yo tenia necesidad de amar y no he podido resistir á la elocuencia de su pasion y al fuego de sus miradas. Pero espero que Dios me perdonará porque un amor tan puro y tan santo como el nuestro no puede

ofenderle. Después de tantos años de amargura su amor ha caído sobre mi corazón como un rocío del cielo y lo ha refrescado. ¡Quiera el cielo que tanta felicidad sea durable!

—«Dios mío! ilumina mi mente con un rayo de tu luz! No sé lo que pasa en mí. Ayer estaba tranquila y era feliz. Hoy me devora el remordimiento y Eduardo me causa miedo. Creo que Eduardo no me ama del modo que yo había soñado; me parece que su pasión no es tan pura y desinteresada como yo me lo había imaginado. Ah, salir una vez, una sola vez del camino del deber para sufrir un desengaño tan cruel! Pero tal vez me engaña mi imaginación extraviada, tal vez las palabras de Eduardo no tienen el sentido que yo les he dado. Oh, sino ha de ser así que Dios me reciba en su seno cuanto antes! —¿Cuándo vendrá Enrique?

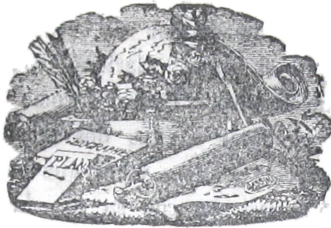
—«Ha llegado Enrique. Que hermoso y que cambiado está! Que bien le sienta el uniforme! Creo que los pocos momentos de conversación á solas que he tenido con él han sido los más felices de mi vida. Cuando él me preguntó si había amado se lo iba á confesar todo, pero la presencia de Eduardo y mi marido me lo impidió. Desde entonces acá me parece notar que evita el hallarse solo conmigo. ¿Habrá adivinado tal vez que amo á Eduardo? Tal vez sí, porque noto entre ellos mucha frialdad.—Dios mío, qué feliz hubiera sido con Enrique! Yo le habría amado con todo mi corazón, y él también me hubiera amado á mí, y entonces no hubiese sentido la necesidad de amar á un extraño.

—«Qué debo pensar de la conducta de Enrique? Pero soy una loca en ocuparme de esto; él procede de ese modo conmigo porque no puede amarme sino como á una hermana, y por eso es frío y reservado conmigo. Sin embargo, me parece que en el primer momento en que nos vimos me hablaba de otro modo y con otro acento de voz. Adem

me parece que está triste. ¿Será tal vez algun amor que ha tenido que abandonar? Ah! no lo quiera Dios! Le amo solo como á un hermano, pero estoy zelosa de ese cariño que solo anhelo para mi. ¿Pero por qué le exijo lo que yo no le doy en cambio? Soy una egoísta, pero sabe Dios que por muchos años para él solo he guardado las afecciones de mi corazon, y que se las consagraria todas aun si él...pero qué voy á decir Dios mio! Es posible que pueda amarle con un afecto mas vivo que el de hermano? Hay momentos en que lo creo asi. Ayer fuimos juntos hasta la huerta de Marta, y durante el camino iba extasiada en oír su voz. Habla tan bien y con tanta suavidad! Me contaba sus campañas y yo derramaba lágrimas de ternura al oírselas referir. Qué hermoso debe ser el ser amada por un héroe!—A la noche estuvimos reunidos en el salon. Enrique como de costumbre estuvo grave y melancólico. Eduardo como siempre amable y elocuente. Al comparar á estos dos hombres de caracter tan opuesto me parecia algunas veces que amaba á Enrique, pero Eduardo me arrastraba con su mirada de fuego y su mágica palabra. ¿Será que puedá amarse á dos hombres á la vez?

—«Aunque hasta ahora no me ha dicho nada, conozco que mi marido está celoso de Enrique, y que le disgusta su permanencia. Enrique creo que lo ha conocido, pero no se da por ofendido ni me ha expresado el deseo de irse pronto. Extraño mucho este proceder en su caracter fogoso. Creo que medita algo, aunque no puedo adivinar que. Todo el dia de hoy lo ha pasado en el campo, y Eduardo ha estado conmigo toda la mañana, leyendo algunas cartas de la Nueva Heloisa ó dirigiendome algunas dulces palabras de amor. Creo que me habia equivocado calificando su pasion de bastarda é interesada. El modo como me ha hablado hoy no me deja ninguna duda.

—«Mañana es el día de mi cumple-años y mi marido se ha empeñado en festejarlo convidando á todos los vecinos de los alrededores, á pesar de mi resistencia. Lo espero con ansia solo por los regalos que me harán Enrique y Eduardo.





## CAPITULO NOVENO.

---

### El baile.

Era el día en que Soledad cumplía diez y nueve años. El cielo estaba azul y sereno, y la atmósfera tibia y perfumada parecía que acariciaba con su contacto, como si Dios quisiera festejar el aniversario del nacimiento de una de sus más bellas hechuras.

Habían dado las diez de la mañana y Soledad se hallaba en el salón. Pocos momentos después entraron Eduardo y Enrique. El primero puso en manos de Soledad un hermoso ramo de flores con una tarjeta pendiente de una cinta en la que se leía: —«Aunque todas son bellas, ninguna tan bella ni tan fragante como la flor que llaman Soledad al engalanarse con una hoja más en el jardín de la vida.»— Enrique presentó un sencillo ramo de violetas, que en aquel clima tan suave se desarrollan extraordinariamente y exhalan una fragancia exquisita. Estaba envuelto por un papel atado con una seda negra. Soledad desenvolvió el papel y leyó en él los siguientes versos escritos por Enrique, que como hemos visto ya, solía quemar incienso en el altar de las musas.

Entre sus hojas oculta  
Humilde vive y discreta  
La suavísima violeta  
Símbolo de honestidad.  
Con sus colores, tu frente  
Quiero adornar en tu día,  
Porque cual tú, hermana mía,  
Perfuma la *Soledad*.

Soledad tenía un ramo en cada mano, y los miraba alternativamente. Al fin dió las gracias por ellos, acompañando sus palabras de miradas acariciadoras, y al cabo de algunos instantes se retiró á su habitación. Llenó de agua fresca dos pequeños floreros de porcelana, y colocó en ellos las flores con el mayor cuidado. Volvió á leer en seguida la tarjeta y los versos, y sus ojos parece que se detuvieron con mas amor en los últimos.

Mientras tanto todo en la casa anunciaba una fiesta y el tiempo transcurría ocupandose sus habitantes de los preparativos de ella. A las tres de la tarde llegaron las damas y caballeros de los alrededores que habian sido convidados á ella. Cuando todos estuvieron reunidos pasaron al comedor donde se les sirvió una suntuosa comida, la que se prolongó hasta cerca de la oracion en medio de los brindis y la alegría que comunica siempre el vino aun á aquellos mas apáticos. En la mesa se veían las frutas de los estrópicos, el café, producto del mismo local, y los helados bechos con la nieve del Illimani. Terminada la comida pasaron al salon que resplandecía de luces.

La reunion era bastante numerosa para el campo, pues se veían en ella como veinte damas y un número mas crecido de hombres. Habia todos los elementos para improvisar

un baile, y á invitacion de los jóvenes inmediatamente se dió principio á él.

Soledad estaba vestida de blanco, como de costumbre. En su seno se veia un hermoso ramo de violetas, y sus cabellos peinados en dos fajas sencillas, que se recogian en la parte posterior de su cabeza estaban adornados con un jazmin y una rosa tomada del ramillete de Eduardo. Cecilia estaba sentada á su lado, hermosa pero melancólica. Las demas jóvenes poco ofrecian de notable, y era mucho ya, que entre veinte hubiese dos que se pudiesen llamar bellas.

Entre los hombres descollaban Enrique y Eduardo. El primero sencillamente vestido con un uniforme todo azul, sin mas adornos que las condecoraciones que habia ganado sobre el campo de batalla, pendientes sobre el pecho. Parecia melancólico, y paseaba su vista distraida por toda la reunion, pero observandolo con atencion se notaba que algunas veces la fijaba con amor en Soledad, y con rabia en Eduardo. Este estaba elegantemente vestido, y como siempre, se manifestaba alegre y amable con las damas.

Los primeros sonidos del piano acabaron de animar á los convidados. Cada cual fué á tomar á su compañera para bailar el primer minué, con gran regocijo de D. Manuel, que veia en este baile un monumento de los antiguos tiempos; y como él correspondia de derecho á los hombres maduros, D. Manuel tomó por compañera á Soledad, y D. Ricardo á Da. Antonia. Asi sucesivamente se hizo bailar á todas las damas el indispensable minué, sin lo cual se hubieran considerado desairadas. Por fin, terminó el minué con gran contento de los jóvenes, è inmediatamente se propuso un valse. Todos los jóvenes, menos Enrique, se apresuraron á invitar á una señorita para compañera. Eduardo se dirigió á donde estaba Cecilia y Soledad. El semblante de la primera se animó

con una esperanza que bien pronto se desvaneció al ver que Eduardo invitaba á Soledad, á quien condujo á la rueda, sin echar ni una mirada sobre la pobre Cecilia. Enrique que todo lo observaba se llegó inmediatamente á ella y le rogó que fuese su compañera, colocandose en la rueda inmediatamente despues de Eduardo y Soledad.

—Los primeros compases del piano desataron un huracan de círculos, y el valse empezó á rodar en su mágica esfera. Todos los semblantes se animaron, todos los corazones latieron con mas violencia, todos los ojos se encendieron con nuevo fuego, y no hubo un labio que no se entreabriese como para recibir el beso de una boca amada. El valse, que sin duda fué inventado por un silfo enamorado, embriagó á todos y los transportó á una region de amor y de felicidad. Solo Enrique y Cecilia permanecieron en el mundo real con el oido atento á las palabras de la pareja que les precedia. Por lo que respecta á Soledad habia olvidado á Enrique y todo lo que la rodeaba. En aquel momento solo amaba á Eduardo porque estaba fascinada por sus miradas, y se entregaba con encanto al placer de volar entre sus brazos al compas de una música que entonces le parecia emanada del cielo. Eduardo comprendió que si no aprovechaba aquel momento para sorprender el pudor de Soledad, pasaria mucho tiempo antes de encontrar una oportunidad igual, y se decidió á dar un golpe decisivo.

—Soledad, me amas? la preguntó en voz baja.

—Y tú me lo preguntas Eduardo? contestó con languidez.

—Dame una prueba de tu amor.

—La que tú quieras Eduardo.

—Espérame despues del baile en la galeria.

—Tú lo quieres?



—Si nó no creeré en tu amor.

—Está bien, te esperaré, porque confío en ti.

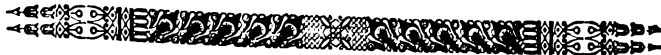
Inmediatamente volvieron á enlazar sus brazos y continuaron el valse con mas ardor. Soledad acabó de embriagarse en medio de aquellos voluptuosos giros y de las palabras de amor que llegaban á sus oidos como los ecos perdidos de una música lejana. El calor producido por tantas personas reunidas acabó por encender su sangre, y no le dió tiempo ni de arrepentirse ni de reflexionar sobre su imprudente promesa. Mientras tanto Enrique y Cecilia habian adquirido la certidumbre de su desgracia, porque nada afina el oido como los celos.

Al primer valse siguieron otros muchos, y cuando les convidados quisieron retirarse ya eran las tres de la mañana. Muchos de ellos se quedaron á dormir en la casa, pero otros prefirieron retirarse á sus haciendas por estar muy inmediatas. Al número de los primeros pertenecia D. Manuel y su familia.

Pocos momentos despues de terminado el baile reinaba en la casa el mas profundo silencio que solo era interrumpido por el triste susurro de las hojas, y el murmullo de las aguas que se precipitaban entre peñas, hasta descender al valle.







## CAPITULO DÉCIMO.

### El Angel de la Guarda.

Antes de retirarse del salon del baile, Eduardo se acercó á Soledad y la dijo al oido:—Dentro de media hora.— Soledad contestó con un signo afirmativo de cabeza y se dirigió á su costurero. Antes de llegar á la puerta de él levantó la cabeza y se encontró con la mirada severa de Enrique. Habia en ella una expresion tan dolorosa y tan terrible que Soledad no pudo menos de estremecerse

—Buenas noches, Soledad, la dijo Enrique con voz sorda.

—Buenas noches, Enrique, y se apresuró á entrar.

Una vez que se vió sola se acostó en un sofá y se tapó la cara con ambas manos. La mirada severa de Enrique la habia despertado de su sueño de amor y de embriaguez, y las impresiones voluptuosas del valse se habian borrado como caracteres trasados en la arena, que el mas leve viento hace desaparecer. En un momento de embriaguez habia hecho una imprudente promesa de la que se arrepentia amargamente. Sin embargo se resolvió á ir á la cita confiando en sus propias fuerzas. La infeliz no reflexiona-

ba que la misma embriaguez que la había arrastrado á dar una cita peligrosa, podia tambien arrastrarle á cometer una falta irreparable.

El reló marcaba las tres y cuarto. Soledad se envolvió en un ancho pañolon de seda para precaverse del aire fresco de la noche y se dirigió á la galeria, por la puerta que ya conocemos. La noche estaba hermosisima y millares de estrellas brillaban en el cielo. Soledad echó una mirada hácia la bóveda celeste y la tranquilidad que reinaba en ella se comunicó á su alma, porque se hallaba en aquella disposicion de ánimo en que todos los obgetos inanimados de la naturaleza tienen un lenguaje que el corazon comprende, y se ponen en comunicacion con la criatura. Al bajar Soledad sus ojos que habia fijado en el cielo vió delante de sí á un hombre. Su primer movimiento fué dar un grito y luego se contuvo acordándose de Eduardo. El hombre se acercó á ella y le tomó la mano.

—Qué haces aqui Soledad? le dijo.

—Enrique!

—No temes que despues de salir acalorada de la sala de baile el aire de la noche te haga mal.

—No Enrique. Y tú qué hacias aqui?

—Antes de irme á acostar quise gozar un poco de este aire tan puro, y de esta vista tan hermosa, aunque envuelta por las sombras de la noche.

—Y nada mas Enrique?

—Nada mas, querida mia.

—Y por qué crees que á mí me haga mal el aire de la noche y á tí no?

—Yo estoi habituado á los duros trabajos de la guerra, y por muchos años la bóveda estrellada ha sido mi único

techo. Tú no, eres una niña delicada, y me darías gusto si te retirases.

—Pero si estoy bien aquí.

—No, Soledad, hazme el gusto en esto.

—Enrique, tú me ocultas algo.

—Te aseguro que no.

—Tú lo sabes todo.

—No te entiendo, Soledad.

—Si, tú lo sabes todo.

—Pues bien, ya que no puedo ocultártelo, te diré que lo sé todo. Quiero salvarte y salvar tu inocencia. Yo seré el ángel de tu guarda y te sacaré pura de las manos de tu seductor, porque, Soledad, yo te amo....

—Cielo santo! y yo no lo sabía:

—Si, Soledad, te amo....como á una hermana. Retírate que la hora se acerca.

—Gracias, Enrique. Adios.

—Adios!

Soledad se retiró precipitadamente á su habitacion, y Enrique se ocultó detras de una de las pilastras de piedra de la galeria. A pocos momentos de estar allí sintió un ligero ruido en el jardin. Dirigió la vista hácia abajo y vió un hombre que trepaba un arbol cuyas ramas venian á caer hasta el interior de la galeria. Cuando estuvo á la altura de ella trajo á si uno de los gajos mas robustos, y asiéndose de él se dejó caer al interior, precisamente á algunos pasos de Enrique. El hombre que asi entraba era Eduardo. No viendo á nadie en la galeria se dirigia hácia la puerta de la habitacion de Soledad, cuando Enrique lo detuvo poniéndoselo delante:

—A donde va U? le preguntó con tono imperioso.

—Y quién es U. para hacerme tal pregunta?

—Quien tiene derecho para hacerla.

—Ah, es U! Ya no estraño que tenga U. derecho de **ve-  
lar** el sueño de la señorita Soledad.

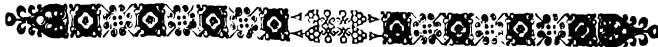
—Se atreve U. á ultrajarla de ese modo?

—Veo que esta noche ha sido U. mas feliz que yo, pe-  
ro espero que me llegará mi turno.

—Caballero, retirese U. Me son conocidas sus depravadas  
intenciones, y espero que me responda U. de las palabras in-  
sultantes que acaba de proferir.

Enhorabuena! Y al mismo tiempo asiendose de la rama  
que le habia servido para introducirse á la galeria volvió á  
trepar al arbol, del cual descendió rápidamente y se dirigió  
al interior del huerto con la rabia en el corazon. No tar-  
dó Enrique en seguirle por el mismo camino,





## CAPITULO UNDÉCIMO.

### El amor y el egotismo.

Apenas habia dado Enrique algunos pasos cuando sintió un ligero rumor entre los árboles. Avanzando un poco mas oyó distintamente la voz de algunos que hablaban, y muy luego se le presentaron dos personas. La una era una muger y la otra un hombre. Su corazon latió con violencia, y permaneció como petrificado. No fué la curiosidad lo que le movió á quedarse, sinó el deseo de cerciorarse de su desgracia.

—Cecilia, decia el hombre, estás loca?

El pecho de Enrique se ensanchó y solo entonces pudo respirar con mas libertad.

—No, Eduardo, no estoy loca. Por mucho tiempo he sido crédula, pero hoy no puedo negarme á ver la realidad. Tú amas á esa muger y me has engañado infamemente. Me has perdido, y hoi me niegas una mano que podia sacarme del abismo en que me encuentro.

Enrique creyó que habia oido demasiado y se retiró discretamente con direccion hacia el estanque para entregarse á sus meditaciones. La exclamacion de Soledad le habia revelado un nuevo mundo de luz y de armonia, y su corazon se

había abierto á la esperanza.

Entre tanto Cecilia y Eduardo continuaban su diálogo

—Con que no das crédito á mis palabras?

—Ah! exclamó Cecilia con amargura, por darles entera fé, por creer que tu corazon era capaz de abrigar sentimientos de delicadeza y de amor, me entreguè con todo el abandono de la juventud. Hoy no te pido amor, Eduardo, solo te pido que salves á tu hijo y evites á mis padres la amargura del deshonor. Te lo pido de rodillas; no me des cariño, sè libre, ama á esa muger, pero salva á nuestro hijo.

Cecilia se arrodilló anegada en lágrimas á los pies de Eduardo, y este se esforzó en vano por levantarla.

—Pero, Cecilia, como publicar tu deshonor á los ojos del mundo? No sería mejor esperar, cubrir esta falta á que has sido arrastrada por un amor de que no debes avergonzarte, y luego pensar en los medios de repararla? Reflexionalo con calma....

—Ah, tú reflexionas y me pides calma! Eduardo, por la última vez, salva á nuestro hijo.

—Querida mia, la pasion te extravía.

—Eduardo, salva á nuestro hijo.

—Bien, no tengo otro medio que el que te he propuesto.

—Y ningun otro?

—Ninguno, porque quiero salvar tu decoro, antes que todo.

—Bien está, dijo Cecilia levantandose con calma y dignidad, me equivoqué dirigiendome á tus sentimientos de honor. No habias tenido alma ni corazon, eres un infame, un miserable....

—Cecilia!

—Que me importa la cólera de un cobarde, si, porque es un cobarde el que asi engaña y abandona á una muger.

—Pero, Cecilia, piensa que lo hago por tu interes.



—Eres muy dueño de hacer lo que te parezca. Por lo que á mí toca solo siento haberme humillado á los pies de un hombre, que no tiene ni piedad, ni ideas de caballero.

—Pues bien, que sea, ya que así lo quieres. Desde hoy quedan rotos los vinculos que nos unian. Nada soy para tí.

—Sea, y la maldicion del cielo caiga sobre tu cabeza.

—Adios, Cecilia, no estoy dispuesto á sufrir tus insultos.

—Cuando algun día sientas remordimientos acúsate á ti mismo por tu vil proceder. Adios.

Eduardo volvió la espalda á Cecilia y se dirigió hácia la casa. Esta quedó inmóvil en el sitio que la habia dejado. Sus rodillas flaquearon y cayó de nuevo hincada levantando al cielo sus ojos con dolor. Jamas creyó que el alma de Eduardo pudiese abrigar tanta bajeza y egoismo, y por primera vez conoció toda la extension de su amor, al sentir que él era mayor que su desprecio.

—Dios mio! Dios mio! dijo oprimiéndose la cabeza con ambas manos, yo voy á cometer un crimen. ¿Qué haré? El me abandona y yo jamas revelaria mi ignominia á mis pobres padres. Qué me resta sino morir! Dios mio, deténme en el borde de este precipicio porque voy á cometer un gran crimen.

A medida que hablaba, su desesperacion se hacia mayor. Se torcia los brazos y se revolcaba sobre la yerba. Por último, como impulsada por una voluntad superior á la suya se levantó súbitamente y se dirigió corriendo á lo mas espeso del huerto. A pocos momentos se oyó el ruido de un cuerpo pesado que caia en el agua, y por un instante todo quedó en silencio.

Enrique que estaba apoyado contra el murallon del estanque, volvió la cabeza al ruido que sintió á su espalda, y vió una forma blanca que sobrenadó un momento sobre la super-

ficie del estanque, y luego desapareció. Enrique se arrojó inmediatamente al estanque, porque comprendió que aquel era un suicidio. El agua le daba por la garganta. Se dirigió hacia el paraje donde había visto caer el cuerpo y desaparecer. Hacia algunos segundos que buscaba vanamente, y ya desesperaba de encontrarlo, cuando sus rodillas tropezaron con un objeto que oscilaba bajo las aguas. Estendió sus brazos para tomarlo y sintió dos manos crispadas que lo oprimieron como dos anillos de hierro. Usando de todas sus fuerzas consiguió levantarlo hasta la superficie del agua, y al fulgor de la luna que en aquel momento salía de detras de una nube, reconoció la cabeza de una muger. Aquella muger era Cecilia. Era la misma que esperaba encontrar.

Enrique se apresuró á sacarla del estanque, y subió con ella una escalera de piedra que servia para bajar á él. Acercó sus labios á los de ella y sintió una lijera respiracion que se escapaba de su pecho. Entonces, seguro de que respiraba la condujo á la casa, y fué á golpear á la puerta del cuarto de Eduardo. Este le abrió inmediatamente, y al llegar al umbral retrocedió espantado.

—Caballero, le dijo á Eduardo con acento solemne, he aqui la obra de U. Ayudeme U. á preparar á sus padres.

—Ha muerto?

—No, vive aun, pero solo Dios puede responder de su vida.—Llame U. inmediatamente al médico de Cotaña que se ha quedado aqui, mientras yo llevo esta infeliz á sus padres.

Eduardo obedeció como un siervo, subyugado por el acento imperioso de Enrique, mientras este pasaba á la habitacion de los padres de Cecilia, que estaban ya recogidos. La puerta estaba abierta, porque sin duda Cecilia al salir la habia dejado asi. Enrique puso á Cecilia á un lado del corredor y en seguida llamó. Pocos momentos despues...

sentó D. Manuel, y Enrique lo preparó suavemente á la noticia que le iba á dar, y por último le dijo que paseándose su hija por el borde del estanque, habia resbalado y caido al agua, pero socorrida inmediatamente solo habia sufrido un desmayo, de que pronto se repondria, y en seguida tomando en sus brazos el cuerpo de Cecilia, entró á la habitacion y lo colocó sobre un sofá. D. Manuel estaba como herido por un rayo. Al ruido que habia en la habitacion salió la infeliz madre y se encontró con el cuerpo empapado de su hija, que en el primer momento creyó muerta. Se arrojó sobre ella y la cubrió de lágrimas y de besos.

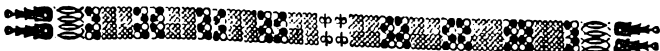
Pocos momentos despues entró Eduardo con el médico. Este, despues de darle los primeros socorros, dijo que no habia nada que temer y se retiró acompañado de Enrique, dejandola en la cama. En cuanto á Eduardo, los remordimientos lo devoraban. El amor inmenso de aquella niña habia conmovido por fin su corazon empedernido, y permaneció á su cabecera hasta que abrió sus hermosos ojos, y los fijó en él con el delirio de la fiebre.

—Perdon, padres míos... exclamó... Eduardo... salva á mi hijo... yo voy á cometer un crimen... ay! esta agua está helada... yo no puedo vivir... y volvió á caer en su letargo.

Volvieron á llamar inmediatamente al médico, y cuando la aurora brillaba en el horizonte, Cecilia habia dado á luz un feto, que para felicidad suya jamas conoció lo que era luz.







## CAPITULO DUODECIMO.

### **Jenerosidad y arrepentimiento.**

Eduardo se retiró á su habitacion sumamente agitado. Parecia como que luchaba en adoptar una gran resolucion. Por una parte su orgullo estaba ofendido en lo mas delicado, y queria satisfacerlo; por otra se sentia conmovido por la situacion de Cecilia y queria reparar su mala conducta. Después de dar algunos paseos por la habitacion se dirigió de repente á sus pistoleras; sacó las pistolas, examinó la ceba, y envolviendose en su capa fué á golpear á la puerta de Enrique. Serian como las siete de la mañana. Enrique abrió la puerta è invitó á Eduardo para que pasase adelante. Eduardo entró y permaneciò de pié en medio de la habitacion.

—Caballero, dijo al fin, me ha exigido U. anoche una reparacion y vengo á ofrecersela; y diciendo esto desembolsó su capa y puso las pistolas sobre una mesa.

—Cierto es, caballero, pero me parece que en estos momentos tiene U. deberes mas sagrados que llenar que el dar-me una satisfaccion.

—Esas son cuentas mias, y no permito á nadie que se mezcle en ellas.

—Enhorabuena, caballero, pero hice solo la observacion por si U. se consideraba comprometido por su delicadeza, en que fuese lo mas pronto posible, porque juzgase que yo podria interpretarlo de una manera desfavorable para U.

—Admito la explicacion, pero estoy resuelto á que sea ahora mismo.

—Enhorabuena, caballero. ¿Las armas?

—Aqui están.

—Son tambien las mias.

—Tome U. sus pistolas.

—Me dará U. una de las suyas.

—Con mucho gusto.

—Testigos.

—Nosotros mismos.

—Enhorabuena.

—Y por si uno de los dos llega á morir dejaremos una carta escrita para que se atribuya á un suicidio.

Eduardo y Enrique escribieron á la lijera algunos renglones. El segundo la dejó doblada sobre su mesa, y el primero fué á llevarla á su cuarto, despues de haber convenido con Enrique que se reunirian á los fondos de la puerta de Marta.

Ambos hicieron ensillar y salieron con muy corto intervalo uno de otro. Enrique llegó primero á la cita, y echando pie á tierra ató su caballo á un árbol. Pocos momentos despues llegó Eduardo ó hizo la misma operacion.

—Sus condiciones de U? preguntó Eduardo.

—Las de U., contestó Enrique.

—Bien. Nos pondremos á cincuenta pasos, y en seguida marcharemos el uno sobre el otro, á hacer fuego á la voluntad.

—Convenido,

Inmediatamente midieron cincuenta pasos, prepararon sus armas y se pusieron á marchar el uno sobre el otro presentándose el cañon de sus respectivas pistolas. Eduardo tenia los ojos encendidos, pero Enrique estaba tranquilo y nada anunciaba en él ninguna agitacion. Cuando Eduardo estuvo como á veinte y cinco pasos se detuvo un momento, bajó un poco la punteria de su arma y disparó. El humo que produjo le impidió ver por el momento el resultado. Luego que se hubo disipado vió que su contrario llevaba su mano derecha á la parte superior del brazo izquierdo, y que su mano estaba bañada en sangre. La punteria habia sido al corazon. Luego que Enrique se hubo sobrepuesto á sus dolores, volvió á tomar su actitud tranquila, y marchó sobre Eduardo con aire amenazador, quien habia quedado como clavado en su puesto. Cuando estuvo á su lado, Eduardo casi tuvo miedo, é iba á exclamar ya: Es un asesinato, cuando Enrique habló:

—No es mi objeto abusar de la ventaja que la casualidad me ha dado, y por otra parte quitándole á U la vida sumiria á toda una familia en el dolor. Viva U. para reparar su falta y llenar el deber sagrado que esa desgraciada exige de U. Al decir estas palabras disparó su pistola al aire.

—Caballero, contestó Eduardo con visible conmocion, quiero que U. crea que la resolucion de reparar mi falta la habia hecho antes de ahora, y su generoso proceder de U. es un motivo mas para que persista á ella.

Mientras duraba este diálogo, la herida de Enrique habia estado desangrándose, y sintiendo que le faltaban las fuerzas se dejó caer de rodillas en el suelo. Eduardo se apresuró á socorrerlo, y le vendó la herida con su pañuelo. En seguida le ayudó á montar á caballo y juntos se diri-

gieron á la casa. Llegados á ella lo condujo á su habitacion y llamó al médico, quien inmediatamente reconoció la herida y vió que no habia dañado el hueso, seguro de lo cual le puso unas hilas que sacó de su cartera, y le comprimó con un vendage.

Eduardo llamó al soldado de Enrique para que lo cuidase, y salió junto con el médico recomendándole el mayor secreto sobre todo lo que habia sucedido en la noche, lo mismo que sobre la herida de Enrique. Pasó á su cuarto y escribió la siguiente carta:

«Señorita.

«Un deber sagrado é imperioso me lleva hoy á pedir á sus padres la mano de mi prima Cecilia, á quien amo.

«Quiere U. olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros, y perdonarme este momento de error, á que fui arrastrado por un deseo culpable?

«Deseo que sea U. tan feliz como lo merece, y que conserve de mi un recuerdo grato.

«EDUARDO.»

Escrita esta carta la hizo entregar á la criada de Soledad para que se la diese á su ama, y en seguida se dirigió á la habitacion de los padres de Cecilia, con la satisfaccion pintada en la frente. Las virtudes nativas que Dios habia arrojado en su corazon germinaban al fin, y el hombre de mundo se despojaba de los vicios facticios que la sociedad le habia inoculado.







## CAPITULO DÉCIMOTERCIO.

---

**Un mes despues.**

La capilla de la casa de D. Ricardo estaba toda enlutada, pues todas las haciendas de campo en Bolivia tienen indispensablemente su oratorio. En el centro de ella se veía un atahud cubierto de un paño negro rodeado de cirios fúnebres. El capellan de la casa recitaba el oficio de los muertos que todos los circunstantes oían con el mayor recojimiento. D. Ricardo Perez habia entregado su alma á Dios, era su cadáver el que reposaba en aquel atahud, y sus exequias fúnebres las que se celebraban en aquel momento.

La edad, los padecimientos naturales, y los ejercicios violentos á que se entregaba habia minado su salud y enervado la potente organizacion de D. Ricardo. Como sucede á todas las constituciones vigorosas, la decadencia de su salud se manifestó inopinadamente, y al otro dia del santo de Soledad se vió postrado en cama. D. Ricardo conoció pronto que no se volveria á levantar de ella, y se preparó á morir con cristiana resignacion.

Desde el momento en que cayó en cama, Soledad se consagró toda entera al cuidado de su marido, y le prodigó

todas aquellas atenciones, cuyo secreto solo poseen las mujeres, y con los que endulzan los últimos momentos del moribundo, ó alivian los dolores del enfermo.

Enrique acompañaba siempre á Soledad en el cuidado del enfermo. Muchas noches mientras D. Ricardo descansaba, los dos jóvenes velaban á la luz de la lámpara, y conversaban en voz baja. Aquellas conversaciones solian prolongarse hasta la madrugada, y cuando la luz de la aurora penetraba por los cristales, les parecia como á Romeo y Julieta, que amanecía muy temprano. Ni uno ni otro habia dejado escapar una sola vez la palabra amor; pero antes que sus labios hubiesen dejado escapar el secreto que guardaban, sus corazones se habian entendido. Hablaban de sus padres, de los recuerdos de su infancia, de sus proyectos para el porvenir, y de otras mil cosas sin interes ninguno para el lector, pero que para ellos era todo un mundo, en que vivian, gozaban y amaban.

D. Ricardo por su parte se sentia consolado al verse rodeado con tanta solicitud por aquellos dos jóvenes, á quienes habia hecho tanto mal. Su antipatia para con Enrique se disipó del todo, y fuè reemplazada por un sentimiento de amistad y benevolencia, que le hacia grata su sociedad.

Solo el placer de estar constantemente al lado de Soledad podia hacer sobrellevar á Enrique las fatigas que se imponia. Porque apenas empezaba á sanar de su herida, y llevaba aun el brazo en cabrestillo. Solo Soledad sabia el modo como Enrique habia sido herido, los demas lo creian efecto de una caida del caballo, porque asi lo habia dicho él.

Cuando D. Ricardo sintió que era llegado su último momento, llamó á su lado á Enrique y Soledad, tomó sus manos entre las suyas y los miró con ternura.

—Hijos míos, les dijo con esfuerzo, yo he separado lo que Dios había hecho para unirse; arrastrado por un amor insensato quise unir la juventud á la vejez, y Dios me ha castigado. Siento que me quedan pocos momentos de vida, y en este trance en que voy á comparecer delante del ser supremo me siento sinceramente arrepentido. Enrique, te encomiendo á Soledad, sé su apoyo y su guía, porque cuando yo le falte va á quedar abandonada en el mundo.... Hijos míos, sed felices.

Enrique y Soledad cayeron de rodillas ante el lecho del moribundo y bañaron de lágrimas sus manos. El anciano se sintió profundamente conmovido, y poniendo sus palmas sobre aquellas dos jóvenes cabezas llenas de belleza y juventud, les dijo con acento apagado:—En nombre de Dios.... yo os bendigo.... hijos míos.... Sed felices.... Adios.... y dejando caer la cabeza sobre la almohada, se durmió en el profundo sueño de la eternidad.

Abierto su testamento se vió que dejaba á Soledad heredera de todos sus bienes.







## CAPITULO DÉCIMO CUARTO.

### La despedida.

Ocho días despues de la muerte de D. Ricardo, Enrique recibió una orden de su coronel de marchar inmediatamente á la Paz á incorporarse á su cuerpo. El disgusto que le causó esta orden fué grande, pero tenia que obedecer. Ordenó á su asistente que preparase los caballos y monturas como para emprender la marcha, y luego se dirigió á ver á Soledad.

Soledad estaba sola en su costurero vestida de luto rigoroso. El traje negro y la expresion de melancolía esparcida por su rostro la hacia parecer mas bella aun. Cuando Enrique entró á la vivienda la encontró en una actitud de profunda meditacion. Soledad levantó la cabeza al rumor de sus pasos y le miró con dulzura y con amor, porque nada predispone mas al amor que la melancolía. Cuando veáis dos personas tristes á solas, estad seguro de que se hablan de amor.

Enrique se sentó al lado de Soledad, y al cabo de algunos instantes de silencio le dijo:

—Soledad, voy á partir.

—Tú, Enrique?

—Si, amiga mia.

—Y me abandonas en estos momentos?

—Es preciso. He recibido una orden de mi coronel.

—Pero no podrias detener tu marcha algunos dias mas?

—Imposible.

—En tal caso, que sea lo que Dios quiera.

—Pero pronto nos volveremos á ver, mi querida Soledad.

—Quiera el cielo que asi sea.

—Me es sumamente doloroso tener que dejarte en estos momentos tan amargos para ti, y sobre todo teniendo sobre mi el sagrado deber de ser tu guia y tu apoyo.

—Si, Enrique, tú lo serás, porque no me queda en el mundo mas persona querida que tú, y si tú me faltases mi vida sería muy triste.

—Adios, Soledad, dijo Enrique con una voz cargada de lágrimas, espero que pronto nos volveremos á ver.

—Adios, Enrique, dijo Soledad pudiendo apenas contener sus lágrimas.

Despues de estrechar la mano de Soledad, Enrique se dirigió á la puerta, pero antes de pisar el umbral volvió la cabeza y vió á Soledad anegada en lágrimas, que le miraba con una expresion tan profunda de amor y de tristeza, que no pudiendo resistir al iman de aquella mirada encantadora, se acercó á ella y sin tener la conciencia de lo que hacia la estrechó contra su corazon é imprimió sobre su frente un beso de amor. Soledad poseida del mismo sentimiento se entregó con abandono á las caricias de Enrique, porque hay momentos en que las conveniencias del mundo ceden su lugar á las verdaderas emociones.

—Te amo, Soledad, aunque nunca te lo he dicho, dijo

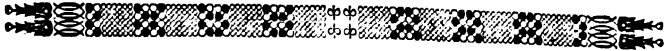
Enrique con voz apasionada, jamas te he dejado de amar, y hoy que puedo decirtelo, me parece que es el dia primero de mi vida, porque es mi primer dia de felicidad.

—Ab, Enrique! yo lo habia adivinado.









## CAPITULO DECIMOQUINTO.

---

### Epílogo.

Un año despues de los sucesos que acaban de leerse, se veian en la misma galeria que ha sido teatro de algunos de ellos, á dos jóvenes de distinto sexo, sentados uno junto al otro con sus brazos amorosamente entrelazados. A la primera vista se conocian dos recién casados. Eran Enrique y Soledad, que solo hacia quince días que se habian unido al pie del altar.

—Pero, Soledad, le decia Enrique, no has leído aun la carta que te ha escrito tu amiga Cecilia.

—No quiero. Perderia esos momentos que podria aprovechar oyendote hablar.

—Leela, sin embargo.

—Leela tú, y de ese modo siempre oiré tu voz.

Enrique rompió el sello de la carta y leyó en alta voz lo que sigue.

«Mi querida Soledad.

«Te felicito por tu reciente casamiento, y te deseo que seas tan feliz con tu Enrique como yo lo soy con mi Eduardo, quien me encarga que te exprese de su parte los votos

que hace por tu felicidad.

«Tu ahijado está cada día mas hermoso y mas travieso, y espero que dentro de nueve meses podremos llamarnos con Eduardo padrinos de un hermoso muchacho.

«Dile á tu esposo muchas cosas de mi parte, y recibe el corazon de tu amiga que te quiere.

«CECILIA.»

—Todos son felices, dijo Soledad, y toda esta felicidad que siento en mi y que gozan todas las personas que amo es obra tuya, mi querido Enrique.

Enrique le selló los labios con un beso, cuyo sonido se confundió por un momento con el rumor de las hojas y de la brisa.

**FIN.**









